

## ESTUDIOS HISTORICOS.



Maria reina de Inglaterra.

### MARÍA LA SANGUINARIA.

Una especie de anatema, un sobrenombre siniestro señalan á *Maria la Sanguinaria* en la posteridad. Con razon es acusada de crueldad; pero si la justicia debe ser imparcial en sus juicios, donde mas debe resaltar este atributo de la divinidad es en los fallos que pronuncia en el tribunal de la posteridad, porque juzga á los que han figurado en esta escena del mundo tan variada en sus faces.... Sin duda Maria fué cruel, fanática, pero ¿no hay ninguna razon que aparezca como una luz para guiarnos en el verdadero camino de la verdad? En todos los destinos hay mis-

25 de julio de 1845.

terios profundos é inconcebibles! Frecuentemente la posteridad falla.... sin apelacion.... ora se muestre indulgente, ora severa, cuando habla debe ser obedecida..... Sin embargo, acontece á menudo que el que juzga á este mundo *tan ilustrado, tan instruido*, no es tan culpable ni tan inocente como se le proclama, segun un juicio erróneo fundado tambien en un error.

Maria de Inglaterra, nacida el 18 de febrero de 1515, de Enrique VIII y de Catalina de Aragon, se educó en la desgracia. Hija de una muger repudiada, continuamente perseguida ella misma, Maria se vió largo tiempo privada de sus mas imprescriptibles derechos, experimentando esta persecucion en el reinado de su padre y de su her-

TOMO III.

20



mano. Española y católica, natural era que mirase con horror la religion que habia sancionado la sentencia de deshonor, no solamente de Catalina de Aragon, sino de la misma Maria, del vástago legitimo de la noble casa de Tudor, de Maria de Inglaterra!.... Como su padre, abrigaba en su alma sombríos y sanguinarios pensamientos.... Como su padre no perdonaba jamas.... Era naturalmente tétrica, seria, ó mas bien feroz, y nada en ella revelaba la gracia de la muger, ese encanto tan poderoso, que hubiera sido para ella un grande ausilio, cuando despues de la muerte de Eduardo VI se presentó para subir las gradas del trono de Inglaterra y sentarse en el sitio de su hermano....

Cuatro mugeres se presentaron en esta época de terribles desórdenes, como pretendientes á la corona de Inglaterra: Maria la Católica, hija primogénita de Enrique VIII, y de una madre repudiada....; Isabel la protestante, hija tambien de Enrique VIII y de una madre decapitada como infame... Despues, en la línea de Enrique VIII venian Juana Grey, y Maria Estuard, reina de Escocia. La primera de estas alegaba como derecho á la corona la voluntad y el testamento de Eduardo; la otra, católica como Maria, no tenia mas que un derecho incierto, y pocos medios de hacerlo valer.

Juana Grey ignoraba á la vez sus derechos y el medio de sancionarlos; su suegro la perdió por su ambicion, y la cabeza de Juana Grey rodó sobre el cadalso cuando apenas contaba diez y ocho años.

Cuando Eduardo VI murió, no fiándose Northumberland solamente de su testamento para dar á reconocer á Juana Grey sin obstáculo, quiso antes de hacer ninguna tentativa, tener á las dos hijas de Enrique VIII en su poder. Comprometió, pues, al consejo para que les escribiese, algunos momentos antes de la muerte del rey, que necesitaba de sus cuidados y de sus socorros.... Eduardo espiró antes de su llegada.... Pero Northumberland ocultó su muerte para atraer á las dos princesas á la corte. Hallábanse ya en Hoddenden, á media jornada del palacio real; el conde de Arundel envió un espreso á Maria, informándola de la muerte de su hermano y de los proyectos de Northumberland. Tan pronto como fué enterada de ellos Maria, se retiró á Keuning-Hall, y en seguida á Framlingham en el condado de Suffolk, en donde pensaba embarcarse para Flandes y sostener sus derechos á la sucesion de Inglaterra.... Escribió á los grandes del reino, á la principal nobleza, y les previno que tomasen la defensa de la corona y de la heredera legitima. Envio un mensaje al consejo manifestándole que, sabedora de la muerte de su hermano, le intimaba que tomase las medidas necesarias para su coronacion.

Northumberland creyó entonces inútil guardar por mas tiempo disimulo; dirigióse á *Sion-House*, residencia habitual de Juana Grey, acompañado del duque de Suffolk, del conde de Pembroke y de otros grandes señores de Inglaterra, y presentóse á Juana Grey con todo el ceremonial y el respeto que podia protestar á su soberana. Entonces fué, y solamente entonces, cuando Juana Grey supo todo lo que su suegro habia intentado por ella; empero se negó abiertamente á los proyectos de Northumberland, insistiendo en la justicia con que debia procederse prefiriendo los derechos de las dos hijas de Enrique VIII á los suyos, y largo tiempo persistió en su negativa; en fin, fué vencida por las súplicas de Dudley-Guilford, su marido, mas bien que por las razones de su suegro. Era costumbre entonces en Inglaterra que sus reyes pasasen en la Torre los primeros dias de su advenimiento. Juana Grey fué conducida á ella, no como una soberana, sino como una victima destinada ya al cadalso. En vano se la proclamó reina; el pueblo guardó un profundo silencio, porque queria ser gobernado por las hijas de Enrique VIII.

Durante este tiempo, hallábase Maria en el condado de

Suffolk, que se sometia á ella.... Esta provincia era sin embargo de la religion reformada mas severa. Maria prometió respetar todos los derechos de conciencia, y apenas dió esta palabra, los habitantes se adhirieron á su causa. La alta nobleza le ofreció su apoyo, y Sir Eduardo Hastings, hermano del conde de Huntingdon, que habia recibido una comision del consejo para levantar tropas en el Buckinghamshire, en favor de Juana Grey, puso estas tropas á disposicion de Maria... una escuadra á la cual Northumberland mandó cruzar las aguas de Suffolk, se declaró por ella.... En fin, Maria llegó hasta Bury-de-San Edmundo sin hallar obstáculos que embarzasen su marcha. Pronto los ministros, que se consideraban como prisioneros en la Torre, salieron en cuerpo á recibir á la reina Maria acompañados de las autoridades municipales, para rendir todos juntos su homenaje á la soberana legitima.

Maria se mostró al principio dulce y clemente: sonreíase bondadosamente y no hablaba mas que de *perdon*, pero en su boca esta palabra era espantosa, por que Maria jamas olvidaba las ofensas.

Creyóse sin embargo en un principio, que Northumberland era el único que ella queria sacrificar á su resentimiento.... Juana Grey permaneció encerrada en la Torre, asi como su marido; y la reina de Inglaterra, fué proclamada muy justa y muy clemente por no haber hecho caer mas que una cabeza....

Pero este era solamente el sueño de la venganza. Pronto se abrieron las prisiones y se llenaron de victimas.... El juez Halés, cuya constancia habia sido admirable sosteniendo los derechos de la reina, perdió todo el mérito de su bella conducta oponiéndose á las innovaciones que ella queria introducir en el estado.... Se le constituyó en prision, y lo trataron con tanta severidad que se volvió loco y se suicidó.... Cranmer, que parecia tener derechos á la gratitud de Maria, no pereció desde luego; estaba reservado para castigos mas crueles.

Los espiritus estaban irritados con tan terribles crueldades. Cuando al pueblo se le escapa un grito de dolor y desesperacion, resuena largo tiempo. Si en aquella época un hombre importante en Europa hubiese querido aprovechar las disposiciones de la nacion, Maria se hubiera perdido.... Pero el rey de Francia era demasiado leal para fomentar una rebelion.... El emperador queria por el contrario adquirir la Inglaterra para su hijo. Solo, pues, la nobleza inglesa era temible para Maria. Su hermana Isabel y Juana Grey contaban todavia con numerosos partidarios; uno de ellos, Sir Thomas Wiat, sublevó la provincia de Kent y vino hasta Lóndres con un ejército; pero esta empresa estaba mal organizada, y aunque las milicias de Lóndres abandonaron el partido de la reina, permaneció mas fuerte por la debilidad del otro.

Sin embargo, Sir Thomas Wiat, obstinado mucho mas en proseguir su empresa, desde que supo la disposicion de los habitantes de Lóndres, llegó hasta el puente de la ciudad; pero como se hallaba obstruido con barricadas, se dirigió á Kingston, pasó el rio con cuatro mil hombres y volvió á Londres por este lado. Pero perdió su tiempo, y se olvidó de que las emociones populares dependen para llegar á su éxito, de un momento que es menester saber aprovechar. Wiat se vió abandonado de los suyos, y él mismo arrestado cerca de Temple-Bar, por Sir Mauricio Berkley. Setenta desgraciados fueron victimas de esta arrojada empresa, y cuatrocientos fueron conducidos á los pies de la *clemente* Maria, que les concedió la gracia.... contenta y risueña de ver á estos infelices, atados con una cuerda como un vil rebaño y humillándose para pedir la vida....

Sir Thomas Wiat fué condenado y decapitado, y cuando se hallaba sobre el cadalso declaró que la princesa Isabel y el conde Devonshire estaban inocentes de lo que él habia emprendido, y su muerte terminó estas revueltas, las mas graves del reinado de Maria.



Pero para una alma como la de la hija de Enrique VIII no era bastante quedar victoriosa, era menester que nobles, grandes víctimas sellasen con su sangre el día de reposo de la cruel reina. Juana Grey y su marido fueron también sacrificados á su furor....

Entonces fué cuando Maria recibió los votos de la nación, que le pedia nombrase un rey de Inglaterra eligiendo esposo.... Hubiera sido mas político y mas conforme con los deseos de la Inglaterra elegir este esposo en el mismo reino: pero Maria escribió al papa y á su primo el emperador Carlos V. Este le contestó:

«Mi querida prima: el rey de Francia está casado, los demás son demasiado jóvenes, y yo demasiado viejo; «no veo, pues, mas que á mi hijo don Felipe que pueda «conveniros.»

Maria era entonces una vieja solterona, sin tener como algunas el recurso de llamarse joven. Quería casarse, y por mas que le repugnase la imagen de Felipe, con su frente pálida, su cabellos rojos y crespos y su sonrisa falsa, sintió por él una pasión que no admitió ninguna dilación..... Se extendieron los contratos apresuradamente, y pronto supo la Inglaterra que tenia por rey á don Felipe (1) principe de España.

General fué la consternación que produjo semejante nueva, que confirmaba todos los temores y renovaba todos los terrores. Maria, arrastrada por su loco amor, que Felipe despreció hasta el punto de no haber siquiera escrito una carta particular á la que le daba un reino en dote, impuso silencio con el destierro y la prision á los murmullos que llegaban hasta ella.

Sin embargo, Maria no pudo dominar el horror de sus súbditos hasta hacerles obedecer á su voluntad inmediata. Mandó armar una escuadra, bajo las órdenes de lord Effingham, para ir á España en busca de Felipe. El almirante le declaró que los marineros se negaban á prestar este servicio, y que tal vez la vida del principe no estaría muy segura durante el viaje... La necesidad, bajo la mas dura de sus formas, la sujetó con su mano de hierro: revocó, pues, su orden, y como débil niño temió mientras duró la travesía de Felipe, que fuese apresado por una escuadra francesa que á la sazón surcaba los mares. Cayó en un estado convulsivo que alteró bien pronto su salud y sus fuerzas. Jamás habia sido hermosa; y estas emociones que no cuadraban ni á sus ojos pequeños y ruines, ni á sus labios delgados y caídos, cuya sonrisa jamás excitó sino la alegría del mal, le dieron una nueva fisonomía (2) que aumentó su fealdad habitual. Ella misma lo conoció y hasta llegó á temer la llegada de su marido.

Este momento deseado llegó al fin; la reina recibió la noticia del desembarco del principe en Southampton, y Maria vió pronto á su lado á aquel de quien iba á depender su destino... Felipe era ya entonces lo que fué des pues, austero y riguroso en sus palabras como en sus maneras. La misma Maria no pudo menos de estremecerse al verle, y conoció desde luego que habia elegido á un tirano mas bien que un marido.

Sir Williams Mouson refiere á propósito de esta llegada, un hecho muy notable para pasarlo en silencio. El almirante inglés disparó contra el navio español cuando todavia estaba Felipe en su bordo, porque el capitan español no habia arriado el mastelero de juanete á su entrada en el canal, como señal de respeto á la escuadra inglesa. Esta conducta rigurosa es muy notable para aquella época, y muy diferente del espíritu que reinaba entonces en Inglaterra. No era todavia permitido el orgullo de haber tenido á Isabel por reina.

Los temores de la Inglaterra, las previsiones de los hombres sensatos de Europa, quedaron pronto justificados despues del casamiento de Maria y Felipe. Este

encendió hogueras, levantó cadalsos, y trató de sacar de su union, que consideraba como desgraciada, el poco fruto que se habia prometido. Los empréstitos, los impuestos y las confiscaciones, agotaron á la Inglaterra para saciar la avaricia del joven esposo de una vieja insensata; así que no tardó en llegar á su colmo el descontento general.

El cardenal Polas, enviado cerca del rey y de la reina de Inglaterra, como legado de la Santa Sede, apaciguó pronto, merced á su dulzura, las turbulencias que Maria y Felipe habian provocado con su administracion de hielro y de fuego, si bien Felipe afectaba gran generosidad de conducta con los ingleses.

Entre tanto, yacia sepultado en la Torre el conde de Devonshire, uno de los primeros barones de la Inglaterra, bajo el pretexto de connivencia con la princesa Isabel, con quien decian queria casarse; pero Maria lo habia querido también, segun la fama, y en un corazon como el suyo, las pasiones ahogaban los afectos. Felipe dió la libertad al conde de Devonshire, que se aprovechó de ella para viajar. Poco tiempo despues murió envenenado en Padua..... El rumor que sordamente circuló por Europa atribuia esta muerte á los imperiales.

Felipe abandonó la Inglaterra y regresó á España.

Cuando Maria se vió sola..... Cuando ese hombre á quien ella decia, habia sacrificado la Inglaterra, la hubo abandonado, se convirtió en una pantera cruel; vol vieron las atroces persecuciones, la luz de las hogueras alumbró de nuevo las provincias de Inglaterra, la sangre corrió á torrentes y Maria mereció mas que nunca el nombre de MARIA LA SANGRIENTA... Rogerio, canónigo de san Pablo, fué quemado en Smithfield. Hooper, obispo de Gloucester, sufrió su suplicio en el mismo Gloucester. Cuando lo ataron á la picota, cumplieron sus verdugos las órdenes de la reina: colocaron delante de él una tablilla con el *indulto* que Maria le concedia si adjuraba... Horroso fué su suplicio, pero no cedió. En Coventry, pereció también Sanders en una hoguera... Taylon, cura de Hadley, fué igualmente quemado. En todas partes el fuego devoraba las victimas de Maria, en todas partes la fatal cuchilla segaba sus cabezas... Presentia su muerte y como esos reyes del oriente, queria enviar de antemano delante de ella un siniestro y numeroso cortejo.

Ferrar, obispo de san David, fué quemado en su propia diócesis. Ridley, obispo de Lóndres, Latimer, obispo de Worcester, espiraron en medio de las llamas.... Mujeres, niños, ancianos, nadie estaba libre de la muerte, apenas la mirada de basilisco de Maria habia señalado su victima. ¡Fué aquella una época horrible!

En fin, Maria pareció sucumbir bajo un dolor demasiado fuerte para ella; las heridas del alma son incurables cuando no las cura la mano que las ha abierto. El amor de Maria podia ser un tormento, pero era verdadero. El abandono de Felipe dió el primer golpe á su corazon, y el olvido envenenó esta herida: apenas le escribió algunas líneas cortas y raras, cuya frialdad comentada y sentida por su moribunda y desgraciada muger, fué pronto para ella una sentencia de muerte. En esta época sucedieron los desastres de Francia, porque la victoria de san Quintin no impidió al duque de Guisa tomar á Calés, y la escuadra enviada por Maria para socorrer á esta plaza, llegó solamente para ver enarbolar el pabellon francés sobre sus murallas. Este nuevo é inesperado golpe, hirió de muerte á Maria. Su salud, de mucho tiempo atrás quebrantada, declinaba de día en día, y solo se reanimó para mandar la ejecucion que su venganza tenia reservada; la de su enemigo, del desgraciado Cranmer que durante cinco años estuvo sepultado en un calabozo. Mandó, pues, su muerte, y los gritos del anciano atormentado fueron la música mas dulce para los oídos de Maria.

Pronto sus pesares fueron tan crueles, que al fin conoció que Dios castiga severamente en su cólera. Su

(1) Era primo hermano suyo, pues ambos eran hijos de dos hermanas. Catalina de Aragon era hermana de Juana la Loca.

(2) Tenia doce años mas que Felipe.



alma y su cuerpo gritaron al mismo tiempo, *perdon*, sufriendo los mas horribles dolores. Sola en su lecho de muerte, rodeada de cirios y de sacerdotes que pedian por su alma, no tuvo ni el consuelo que aun los mas miserables gozan en sus postreros momentos; Maria no vió á su cabecera ni un amigo, ni un pariente. Una voz pronunció una sola vez el nombre de la princesa Isabel. Los ojos de Maria se abrieron con una espresion que heló de espanto aun á los mas animosos y resueltos: dirigió la vista á su alrededor como para cerciorarse de si esa enemiga detestada, esa hermana que iba á ceñir su corona, se hallaba cerca de su lecho mortuario, que iba á ser para la nueva soberana el trono que debía exaltarla. En seguida volvió á caer y algunos minutos despues espiró; despues de haber balbuceado:

—¡Calés...! Calés....! Que me abran el corazon y hallarán en él á Calés!

Murió el 17 de noviembre de 1538, despues de un reinado desgraciado de cinco años, cuatro meses y once dias.

Maria Tudor fué una de esas mugeres que por fortuna aborta pocas veces al mundo la naturaleza. Si hemos de retratarla fielmente, preciso es que el retrato sea horroroso. Fué cruel, vengativa como su padre, tiránica, testaruda, supersticiosa, maligna y violenta; así por lo

menos nos lo representan los historiadores mas veraces de sus contemporáneos. Era ademas de la mas crasa ignorancia, y no solamente seguía por rutina y maquinalmente las opiniones que habia recibido, sino que tampoco era indulgente con las de los demás. En medio de todos los vicios que componian su carácter, apenas hallaremos una virtud, como no sea esta; la sinceridad. Susceptible de la pasion de la amistad como su padre, fué mas constante que él. En cuanto á valor y resolucion, nadie como ella supo desplegar estas dos cualidades, que eran por lo demas hereditarias en cada individuo de la casa Tudor.

Ni un lamento acompañó al féretro de Maria, ni una lágrima se derramó sobre su tumba. ¡Cómo echar de menos, cómo llorar á la que se habia alimentado de sangre humana, y á la que solamente se distraía con el horroroso espectáculo de los cadalsos y de las hogueras! Sin leer la historia de su vida, se adivinará todo con este solo epitafio:

*Aquí yace una muger,  
con cuya muerte se regocijó todo un reino.*

¡Ay! estas palabras solas hielan de espanto el corazon y deberían bastar para hacer buenos á todos los reyes!

LA DUQUESA DE ABRANTES.

## ESTUDIOS LITERARIOS.

### LA CONQUISTA DE SEVILLA.

(LEYENDA)

*Escrita en inglés por don Telesforo Trucha.*

Sevilla, una de las ciudades mas antiguas é importantes de la península española, posee cuantas ventajas pueden desearse en cuanto á clima y situacion. Una atmósfera siempre pura y serena, un sol brillante y suave al mismo tiempo, añade dobles atractivos á la belleza y fertilidad de su suelo, en tanto que situada en el seno de un florido valle, rodeado de agrestes y vistosas montañas, goza por do quiera de la perspectiva mas alhagüeña y encantadora. A estas ventajas, que tanto contribuyen á la grandeza de tan venerable ciudad, se une la de regar sus calles el noble rio Guadalquivir, dando salubridad al aire, y conduciendo en sus claras ondas las riquezas que proporciona un comercio activo y próspero.

Sevilla, pues, dominada largo tiempo por los moros Almohades, llegó á ser el emporio de las riquezas y del poder. Esta consideracion, unida á la feracidad de sus tierras y á la importancia de su rio, era un poderoso aliciente para despertar en los cristianos el deseo de su posesion. Empero este acontecimiento no tuvo lugar hasta el reinado de Fernando III, llamado el Santo, para quien estaba guardada tan gloriosa empresa. Despues de la conquista de Córdoba, las miras del rey se dirigieron esclusivamente hácia Sevilla; y en efecto, á la cabeza de un floreciente ejército y acompañado de los caballeros mas célebres de la época, apareció delante de sus murallas y dió principio á un sitio bastante activo. Entre la multitud de guerreros que siguieron al rey en aquella expedicion, contábase uno. llamado Garci-Perez de Vargas, que mas que todos se distinguió en tan memorable conquista; no debiendo dejar en el olvido al arrogante Alhamar, rey morisco de Granada y aliado de Fernando, que mas de

una vez fué objeto de asombro y veneracion á todo el ejército castellano.

Esto no obstante, jamás gustó Alhamar la copa de la gloria sin que la hallase mezclada con heces de amargura. Sentimientos de enemistad y venganza le indujeron á tomar las armas contra el rey moro de Sevilla; pero ni esta animosidad, ni la satisfaccion de la amistad y el respeto con que le honraba el Santo rey, ni la conviccion de que por razones de política estaba obligado á ser aliado de Fernando mas bien que su enemigo, podian alejar de su mente la idea de que peleaba contra sus mismos hermanos, robusteciendo de esta manera el poder de sus verdaderos enemigos.

No eran estos escrúpulos seguramente los que turbaban el reposo del caballero cristiano Garci-Perez de Vargas; peleaba por su patria y por su religion; y la esperanza de añadir nuevos laureles á su corona, nuevos títulos á su nombre ya célebre, le conducía á hazañas verdaderamente heróicas. Mas á pesar de todo habia en él un pensamiento triste que á veces le arrancaba de su sueño mas profundo y emponzoñaba sus mas dulces ilusiones, si bien el efecto no era perceptible á los ojos de los demas; cruzaba su mente la idea fatal, y desaparecia con la rapidez que pasa el débil vapor de una nube pasajera, que si bien empaña un momento un rayo del sol, no puede ejercer influencia alguna en su brillantez.

Habiase cimentado una estrecha amistad entre Alhamar y Vargas. La semejanza de gustos y opiniones, la igualdad en el valor, la misma ambicion de gloria, todo en fin, habia producido en cada uno la admiracion hácia el otro, y por último se unieron con los lazos del afecto fraternal y de la amistad mas pura. Pero á pesar de la mútua franqueza y confianza que existía entre ambos, parecia estar el cristiano algo quejoso de que hubiera un punto sobre el cual le guardase el moro una eterna reserva; hasta que al fin, perdiendo la esperanza de descubrir su secreto y notando que su afectuosa curiosidad, mas que consolarle aumentaba el dolor de su amigo, resolvió dejar de importunarle, y confiar á la casua-





Garcí-Perez de Vargas.

lidad ó al tiempo el descubrimiento de aquel misterio.

Los sitiados hicieron una salida, que aunque llevada á cabo con esfuerzo fué infructuosa, puesto que fueron rechazados y obligados á volver á la ciudad con una pérdida considerable. En esta ocasion, como siempre, entre los guerreros que mas se distinguieron se contaban Alhamar y Vargas; el moro particularmente, habia llevado á tal extremo su ferocidad en la lucha, que á poco mas es victima de su intrepidez. Su furia se cebaba con especialidad en un grupo de moros, cuyo gefe se hacia notar por su aspecto altivo y por una rica banda roja que llevaba. Entre este guerrero y Alhamar se trabó un fiero y desigual combate que entrambos sostenian con el mayor denuedo. Ambos estaban bien armados, y la lucha hubiera sido larga y dudosa á no ser porque algunos moros sevillanos volaron al socorro de su gefe. En aquel momento se vió Alhamar en el peligro mas inminente. Peleaba con el valor de la desesperacion, y ya estaba próximo á sucumbir al esfuerzo de tantos enemigos, cuando afortunadamente García Perez de Vargas vió el riesgo que corría su amigo y corrió á su defensa.

Su presencia hizo variar en un momento el aspecto de la contienda. Los moros, á pesar de su resolucion, no pudieron resistir el impetu de los dos guerreros, y despues de una débil oposicion, se vieron en la necesidad de

volver grupas hácia Sevilla llenos de rabia y vergüenza; entretanto Alhamar abrazó tiernamente á Vargas por la oportunidad con que le habia socorrido. El rey Fernando dió la mas cumplida enhorabuena á los dos amigos en premio de sus hazañas; pero mientras Alhamar hacia presente al rey todo su agradecimiento, una amarga sonrisa asomaba á sus labios y la expresion de la melancolia se pintaba en su semblante. Indudablemente parecia que un acontecimiento reciente habia agravado mas el abatido estado de su espiritu. Se retiró á su tienda, y cruzándose de brazos se sentó, con todos los sintomas de la mas dolorosa agitacion, cuando fué sorprendido por Vargas. El caballero cristiano no pudo menos de conmovirse al ver la desolacion de su amigo, y trató de aliviar su pena por cuantos medios sabe hacerlo la verdadera amistad; Alhamar recibió sus consejos con su amarga sonrisa habitual.

—¡Ah! mi buen amigo Vargas, ¡cuántos y cuán grandes son los favores que te debo; no hace mucho me has salvado la vida! Creeme, lejos de ser humillante es muy satisfactorio ser deudor tuyo, y con tal carácter me presentaré siempre orgulloso ante García Perez de Vargas.

—Y sin embargo, amigo mio, dijo Vargas con dulce tono de reconvenccion: no tienes inconveniente en privar á este hombre á quien juzgas acreedor á tanto afecto



del privilegio mas grato de la amistad..... Si, te atreves á despojar á ese sagrado sentimiento de uno de sus mejores atributos.

—¿Qué dices, Vargas? ¿merezo yo esa reconvencción?

—Si, la mereces. ¿No estoy privado de tu confianza? ¿No hay un dolor agudo que oprime tu corazon, mientras que yo, el amigo cuyo celo recomiendas tanto, estoy ajenó de ese profundo secreto y sin poder proporcionar alivio ni remedio alguno al peligro que tal vez te amenaza? Amigo mio, esa conducta es reprehensible. Vive en la inteligencia de que Vargas no tiene secretos para Alhamar, y que se queja con justicia cuando no halla una debida correspondencia á su confianza sin limites.

Una corta pausa siguió á este diálogo, durante la cual el moro parecia agitar en su mente una terrible lucha. Fijó al cabo sus ojos negros y espresivos en Vargas; su pecho se levantaba con fuerza, y con las señales de una profunda emocion le dijo:

—Mi bueno, mi verdadero amigo, muchas veces tu afecto, tu tierna solicitud ha intentado descubrir la causa del secreto sentimiento que abriga mi corazon y otras tantas he desatendido tu amistoso empeño, resuelto á que el misterio que me hace desgraciado baje conmigo á la tumba. Pero esta resolucíon que un tiempo creí invariable, debe ceder ahora á las repetidas pruebas de tu amistad, de cuyos consejos y ayuda necesito tanto.

Al pronunciar estas palabras, su agitacion llegó á tal extremo que Vargas se vió precisado á socorrerle.

—¿Cómo, noble Alhamar! dijo el castellano: ¿dónde está tu fortaleza? por grandes, por pesadas que sean las desgracias que te oprimen, no pueden ser superiores á la varonil intrepidez que te hace tan digno de admiracion.

—¿Ah! contesto el moro tristemente: bien debe estrañarse el ver estos síntomas de debilidad en un guerrero; pero ¡oh amigo mio! ¡si te fuera dado echar una rápida ojeada sobre este destrozado corazon, formado para alimentar los sentimientos mas nobles, y agitando ahora las pasiones mas venenosas que pueden afligir y aun degradar á la naturaleza humana! ¡Nada mas cierto por desgracia! En toda la estension de este campo no hay uno mas desgraciado que Alhamar, que el guerrero á quien tantos rinden respeto y á quien muchos mas contemplan con miedo y envidia; y..... perdona, querido Vargas, me avergüenzo al confesar la calamidad que me agobia.

—¿Puede acaso Alhamar ser culpable de alguna falta degradante al honor y carácter de un caballero?

—El rey cristiano ha supuesto, continuó el moro, que los deberes de un aliado unidos á algunas injusticias del rey de Sevilla, han sido las únicas causas que me han obligado á presentarme delante de estas murallas; ¡cuán engañados están todos los que acojan esta idea! Yo hago la guerra á mis hermanos. Si, Vargas, lleno de vergüenza lo confieso, uno mis esfuerzos contra los de mi religion para satisfacer el feroz deseo de una venganza oculta. Tal vez el motivo parecerá bajo á tus nobles ojos, pero no me condenes hasta oír el origen de donde proviene este sentimiento de enemistad, esta pasion inconcebible. Si ha habido en el mundo un hombre villanamente burlado, he sido yo; si alguna vez puede justificarse la baja pasion de la venganza, es en el caso en que estoy. Pero ¿á qué molestarte con la insipida descripcion de mis penas y mi resentimiento? baste saber que fui indignamente injuriado, y que deseo vengarme sin piedad de mi enemigo; este es el hijo del rey de Sevilla y heredero de sus dominios.

—¿Y como llegaron á tí sus ofensas? preguntó Vargas.

—Ah! se revistió del carácter de que es absolutamente indigno. Si, fingió una amistad que su endurecido, su negro corazon, era incapaz de sentir. Vino á mi córte de Granada encargado de una comision de su padre; le re-

cibí con la mas cordial hospitalidad, y no dejé pasar una sola ocasion en que mostrarle mi atencion y respeto, por cuantos medios estuvieron á mi alcance. ¿Cuál fué el pago que dió á mi bondad? oh! caiga sobre el infame una maldicion tan profunda como la angustia que ha dejado en mi alma!... El falso Aben Ismael violando todas las leyes sagradas de la hospitalidad, me privó del tesoro mas rico de mi corazon; me mostró su gratitud robándome por fuerza á mi adorada, á mi idolatrada Morima, y hundiéndome en la desesperacion mas cruel!

—Supongo que no dejarias de reclamarla á la córte de Sevilla?

—Lo hice muchas veces, pero todos mis esfuerzos fueron inútiles. Hice presente al rey la liviandad de la conducta de su hijo, pidiéndole que Morima volviese inmediatamente á Granada. El en un principio trató de aplacarme con esperanzas ilusorias, hasta que al cabo arrojó la máscara, y pareció aprobar la traicion de su hijo. Tal conducta no pudo menos de escitar en mi los sentimientos mas terribles de venganza. Hice un solemne voto; voto que ahora empiezo á poner por obra y que á despecho de mis tesoros, de mi reino, de mi vida, he de cumplir fielmente. Tomé las armas contra los de mi religion, me uní al rey Fernando, y ahora me ves ¡oh Vargas! el mas involuntario, pero el mas decidido de los enemigos de esta ciudad.

—¿Y la desgraciada Morima? preguntó el castellano.

—Vive, contestó Alhamar suspirando, si vida puede llamarse una série no interrumpida de miserias y amarguras. Vive encerrada en el palacio de Sevilla, sin esperanza de disminuir el horror de su situacion, sino por una pronta muerte... la cual no pueden menos de acelerar sus muchos sufrimientos.

—¿Y no has tenido una ocasion, Alhamar, de hallar frente á frente á ese traidor infame?

—Una vez sola, y en ella se despertó toda la sed que tenia de su sangre; sin embargo, á no ser por tu oportuno socorro, hubiera sido victima de mi arrojó.

—¿Cómo! ¿era aquel altivo gefe de la banda roja... el moro con quien te vi en horrorosa lucha?

—Mi infame enemigo, si, Vargas, dijo el moro con amargura: y la banda que tan orgullosamente ostentaba, era una prueba de afecto que me tenia preparada la infeliz Morima, cuando el villano Ismael efectuó su robo. Ahora, castellano, ya sabes porque el ceño que oscurece mi frente es hoy mas profundo que en general. Oh! cuanto no se hubiera aliviado mi corazon del peso que lo oprime si mi brazo hubiera podido abatir al miserable! Consérveme el profeta la vida y las fuerzas, y este deseo, esta ardiente ansiedad que desgarrá mi alma, quedará cumplidamente satisfecha.

—No hay que perder la esperanza, noble moro, dijo el castellano consolándole. Tiempo llegará en que tu enemigo encuentre la justa recompensa á su ingratitud.

—Si, pero si sucumbe á impulsos de cualquier otro brazo que del mio, se pierde una de mis mejores esperanzas.

—Hay un medio muy fácil para llenar tus deseos, dijo Vargas. Manda un billete al traidor, invitándole á un desafío á muerte. Yo mismo, sabiendo que Ismael gozaba la reputacion de valeroso caballero, deseaba medir mis fuerzas con las suyas; pero abandono contento este proyecto en beneficio tuyo, y en su lugar pelearé con algunos otros guerreros moros.

—Gracias, mi fiel amigo. En ese caso haz de modo que salga el mensaje inmediatamente para Sevilla.

—Todo se pondrá mañana en ejecucion.

Era entrada la noche cuando se separaron los dos amigos. El espíritu de Alhamar se sintió mucho mas tranquilo con los consejos del cristiano, y principalmente con la esperanza, de que en breve tendria una oportunidad de trabar con su implacable enemigo un comba-



te á muerte. Esta idea terrible calmaba su agitada mente y lanzaba á su pecho algun rayo de consuelo. Garcí-Perez de Vargas, entre tanto, no estaba libre de aquella especie de pesadilla, que aunque pasajera, alteraba en cierto modo su tranquilidad. Al salir de la tienda de Alhamar tropezó su vista con la de un noble castellano, causa de su desasosiego. Este noble, altivo y poderoso, descendiente de una gran casa, había proferido algunas palabras, que, aunque no podían juzgarse como ofensa directa, bastaban para inflamar la generosa cólera de Vargas. Contábase que miraba á este último con cierto grado de desprecio y aun, que había dudado en público de los derechos de Vargas para poder llevar sus armas en el escudo. Esta última insinuación había escitado en extremo el justo enojo de Garcí-Perez, y tal vez se hubiera arrepentido el detractor á no interponerse el rey, que conociendo que una perfecta unión era el primer requisito para llevar á cabo la conquista que había emprendido, manifestó el disgusto que le cabía de que sus mismos caballeros y nobles, comprometiesen el éxito de la empresa.

Fácil es de suponer que si bien obligado el generoso Vargas á disimular su resentimiento, por atención á su rey, no podía olvidar ni perdonar tan fácilmente la mancha con que se había intentado empañar el lustre de su blason. Estaba tan orgulloso de su nacimiento como justamente autorizado para llevar el escudo adornado con sus armas. Estas, representaban una cruz roja y un árbol, en conmemoración de la cruzada es añola, en la cual su padre se había señalado entre los mas valientes guerreros; no obstante, como sus riquezas no eran comparables con las del gran señor en cuestión, este, parecía apreciar á Garcí-Perez poco mas que á un caballero aventurero, que pobre y necesitado deseaba hacer fortuna por las armas. Esta convicción, unida á otras particularidades, hijas todas de la antojadiza imaginación del noble, fueron causa de que mirase desventajosamente á Vargas, no siendo bastantes el esfuerzo y arrogancia de su corazón para destruir tan injusta opinión.

En la ocasión á que nos referimos encontró á don Iñigo de Haro (asi se llamaba el noble) que pasó á su lado con la mayor indiferencia, si no con desprecio. Vargas tuvo intenciones de desenvainar la espada, pero le contuvo la idea de que la muerte de aquel enemigo en tales circunstancias podía en cierto modo corroborar mas bien que destruir la vil sospecha que había hecho circular entre la nobleza. No obstante, su corazón interesado en lo mas vivo deseaba hallar una ocasión en que poder vengar aquella injuria; así, que este pensamiento y el de la historia de Alhamar le ocuparon hasta su tienda, donde se retiró para descansar el resto de la noche, resuelto á poner remedio á los dos males al día siguiente. — No tardó este en llegar, ni Vargas en presentarse al rey.

—Y bien, señor Garcí-Perez, dijo Fernando con tono afable, ¿qué puede hacer el rey de Castilla en obsequio de uno de sus mejores y mas valientes caballeros?

—Señor, contestó Vargas, tengo una gracia que pedir; una gracia, que por todas las leyes de la caballería debe ser concedida.

—Habla, castellano, habla y confía en que Fernando que es un verdadero caballero, no se opondrá injustamente á un deseo de sus compañeros.

—Bien sabia gran rey, contestó el castellano, que vuestra bondad era igual á vuestro valor y esta persuasión me animó á presentarme á vos. Paréceme, señor, que ya sabeis como el orgulloso don Iñigo de Haro, me ha ofendido, mas de una vez, con una vil sospecha. El escudo que llevo me fué transmitido por un noble y heroico padre, cuyas hazañas en la batalla de las Navas no se celebran injustamente; es incontestable, pues, el derecho que tengo en usar mis armas, honrosa distinción que pienso legar á mis descendientes con doble brillantez. Pero si grande es el mérito que he heredado por la gloria de

mis antepasados, mayor debe sermi orgullo por el nombre que han alcanzado mis hechos. Hemos emprendido una gran conquista, y entre los nombres que este suceso haga inmortales, el de don Garcí-Perez de Vargas se contará el primero despues de el del rey Fernando.

—Sé hasta donde llega, buen caballero, tu mérito y tu valor; y estoy seguro que no cede al mejor caballero cristiano ó moro.

—Esa opinion, señor, es altamente honrosa, y para confirmarla desearia presentar una prueba sorprendente é indudable que acallase la calumnia de los envidiosos ó incrédulos. Con vuestro permiso, voy á invitar á los primeros guerreros de Sevilla, para que dos contra cada uno de nosotros, elijan hasta doce campeones.

—¿Cómo! exclamó el rey; eso es imposible. Sería sacrificar la vida de mis guerreros que tan indispensables son para el servicio de su país.

—En ese caso, dijo Vargas con disgusto, nuestro aliado el moro, satisfará mi deseo; porque siendo Alhamar uno de los que me han de acompañar, el resto se elegirá de entre sus filas, puesto que el rey cristiano se niega á mi demanda.

Diciendo esto hizo un ligero saludo y se disponia á salir, cuando el rey le dijo:

—Esperad caballero, que no quisiera aun á costa de la mejor fortaleza de mis dominios, causar un momento de disgusto á Garcí-Perez de Vargas. ¿Qué campeones quierdes escoger para ese combate?

—El rey Alhamar y su hermano Selim entre los aliados moriscos; de las filas castellanas, á mi buen amigo cuanto gran caballero, Leon Pelayo Correa, digno maestre de Santiago; don Yarceran de Lara y yo. Luego, continuó sonriendo, aun falta un caballero para completar la media docena, y tanto con objeto de manifestar mi respeto á don Iñigo de Haro como para que se presente la ocasión en que se vea quien es el mas digno de los dos, podrá completar el numero de nuestros adalides.

—A pesar de que esa elección, contestó el rey, arguye gran juicio, los enemigos que vais á provocar, son muy peligrosos.

—En el valor de mis cinco elegidos, continuó sonriendo Vargas, tengo entera confianza; ninguno evitará el encontrar frente á frente á dos adversarios. Por lo que hace al sexto, sino cumple con su deber, aprenderá al menos de la desgracia, á tener un poco de mas moderación, ya que no añade honores á su nombre.

Comunicada que fué la proposición de Garcí-Perez á los elegidos, todos escepto uno, la recibieron con las mayores muestras de aprobacion. Alhamar, combatido á un tiempo por las pasiones de la gloria, el amor y la venganza, ardía en deseos de que llegara el feliz momento. El maestre de Santiago y Lara manifestaban igual grado de resolución; todos en fin, menos el orgulloso don Iñigo, acogian con gusto las miras de Garcí-Perez. El arrogante detractor de Vargas, dió al principio su débil asentimiento, calificando la empresa, sin embargo, de temeraria y loca.

—Paréceme, noble Haro, le dijo el rey, que tu opinion se inclina en contra del combate.

—Señor, respondió Haro, siempre seré el primero en los campos de batalla; pero no comprendo que haya una necesidad de esta lucha parcial, y mucho menos, cuando nadie nos obliga á pelear con fuerzas desiguales. Este paso se dá con el objeto de probar el valor de nuestros caballeros y me parece que los moros de Sevilla no necesitan esta prueba supérflua. Además, continuó con tono altivo, mi rey no es el gefe de esta expedición y don Iñigo de Haro no reconoce á ningún otro.

Al decir esto, echó una mirada de disgusto á Vargas, que contestó al insulto con una grave indiferencia. No así Alhamar, que lleno de indignación y con voz fuerte exclamó:



—No creo que el señor de Haro se degradaría á los ojos de ningun caballero, escudero ó mal nacido, por pelear á las órdenes de don Garci-Perez de Vargas, ó á las de cualquier otro caballero de los elegidos en esta empresa. Pero sepa el altivo señor, que á pesar de la consideracion debida al apuesto castellano á quien ha provocado tantas veces, no es él, sino un rey, el rey de Granada, el que será gefe nominal de una expedicion en que todos son iguales.

—El rey de Granada, replicó Haro con doble petulancia, es un digno caballero y un personaje muy poderoso en sus dominios, pero no ha llegado hasta mí todavía su poder.

—¿Qué conveniente es el orgullo, dijo Vargas sonriendo malignamente, para cubrir pasiones menos nobles!!!!

Haro dirigió una mirada feroz á Vargas y estuvo á punto de provocarle á algun acto de consecuencias, cuando felizmente el rey se interpuso y distrajo la atencion general sobre el punto que principalmente debia ocuparlos.

—Señores, dijo, esta empresa es puramente de eleccion y nadie tiene derecho para ajar la reputacion de ningun noble, porque no entre en sus ideas. Si Haro tiene alguna dificultad en entrar en el número de los elegidos, está perfectamente justificado al obrar así y nadie debe tachar su conducta. Al mismo tiempo, hay otros caballeros que se considerarán altamente honrados en ocupar su lugar. Por lo tanto, nuestro buen hermano el rey de Granada y el valiente Garci-Perez de Vargas pueden elegir otro campeón de las brillantes filas de nuestro campo.

Esta arenga conciliatoria vino muy á tiempo para evitar un debate desagradable cuyos resultados temia el rey. Los guerreros aceptaron al instante la proposicion, y don Tello de Osorio ocupó el puesto del arrogante Haro. Concluido definitivamente el asunto, se convino en que la invitacion se enviase á Ismael con toda la pompa y ceremonias convenientes. Nombróse, pues, para que condujese la peticion á Sevilla, una embajada á cuya cabeza iba Selim, hermano de Alhamar.

Concluidos ya los preparativos, salió del campo la embajada dirigiéndose á Sevilla al son de los clarines y trompetas. Mandóse un parlamento y los mensajeros fueron vendados y conducidos á la ciudad con las precauciones y ceremonias de costumbre. Cuando les quitaron la venda de los ojos, se hallaron Selim y sus compañeros en un espléndido salon del palacio, ocupado por los principales miembros de la corte; el rey estaba sentado en el trono, y á su lado se hallaban su hijo y los demas nobles.

—¿Qué mensaje es este? preguntó el rey. ¿Qué proposiciones intenta hacer el ambicioso Fernando? Me parece que la embajada estaria mas dignamente representada, si un cristiano, en vez de un falso moro, viniese á la cabeza de ella.

—Rey de Sevilla, contestó Selim con arrogancia, no he venido aquí á escuchar tus villanas cuanto despreciables reconvencciones, sino para manifestarte una justa indignacion. No es el rey cristiano, sino el rey de Granada, ese rey tan vilmente burlado, el que me envia; y no para proponer negociaciones algunas concernientes al sitio, mi comision se reduce á desafiar á duelo de muerte al agresor de mi hermano y á otros once de sus mejores guerreros. Mi hermano y yo con otros cuatro caballeros cristianos les saldremos al encuentro en el espacio que media entre las murallas de la ciudad y el campo.

—La insolencia de Alhamar, contestó el rey, pudiera solo hermanarse con la abominable traicion de unirse á los cristianos, contra los de su misma ley.

—Mal sienta ese lenguaje, repuso Selim, en Xaraf, padre del traidor mas bajo que encierran los límites del

mundo. ¿Has olvidado la infame ingratitud de Ismael, cuando vino con la máscara de amigo y fué tan cortesmente recibido en Granada por el generoso Alhamar? ¿ó no se te acuerda la indiferencia, el desprecio con que han sido tratadas sus justas reclamaciones? Pero el crimen es doblemente ofensivo por el carácter de la persona que lo ha cometido; tú, Xaraf, que de simple gobernador, quieres apropiarte el título de rey, mal seguro en el trono en que te sientas, deberias haber cultivado con mas empeño la amistad y proteccion del rey de Granada. Una arrogancia loca unida á una ciega confianza en tus propios recursos, te ha obligado á trazarte la conducta que observas: la baja traicion, el crimen de tu hijo fué sancionado por tí y ¿por qué te sorprendes ó te indignas, cuando Alhamar está por tantos motivos obligado á tomar una satisfaccion? ¿Pudiste nunca persuadirte de que la ofensa de Ismael quedara impune? ¿Esperanza loca? No, la mortal herida causada en la felicidad de Alhamar, la infame violencia cometida contra la inocente Morima, tendrá su justo cuanto horroroso castigo; si, nada menos que la total ruina de tus dominios y la muerte del vil raptor. Pero en tanto que llegue este momento terrible, la furia de Alhamar no conoce límites, y este duelo será una prueba de la sed de venganza que le inflama.

—Desprecio su furia, contestó Ismael con orgullo, como maldigo al miserable moro que se une á los cristianos, á un renegado que funda una venganza personal en la destruccion de los musulmanes. Ese furor será tan impotente en sus efectos como despreciable en su origen. Tú, falso moro, vuelve al campo castellano y haz saber al que te envia, que dentro de tres dias saldrá Ismael á efectuar un desafio á muerte; la arrogancia de proponer el combate contra doble número de enemigos, es altamente risible, pero debe tener su justo premio y lo acepto tal como se me ofrece; doce moros saldrán de Sevilla en el dia señalado para medir sus fuerzas con los cristianos y sus traidores aliados. Con eso será mas segura la victoria y el falso Alhamar no podrá evitar el justo premio que merece su apostasia.

Al decir esto volvieron á vender á los mensajeros y les sacaron de la ciudad con las mismas ceremonias con que fueron introducidos en ella. De vuelta Selim al campo cristiano, dió una cuenta circunstanciada de su comision, lo cual contribuyó á encender mas y mas el fuego que devoraba el corazon de su hermano.

Los demas campeones se preparaban gozosos para la próxima contienda, y en todo el campo se notaba la admiracion y el asombro que producía el arrojado de los intrépidos caballeros. Era sabido que entre los moros de Sevilla habia guerreros de acreditado valor y nombradía, y provocar doble número de tales antagonistas, mas parecia un arrebato de ciega temeridad que un impulso de valor racional.

Tales ideas, empero, no ocupaban á Alhamar, Vargas ni los demas compañeros que manifestaban iguales deseos de que llegase el dia fijado, si bien ninguno mostraba en el semblante los síntomas de la feroz venganza que agitaba el corazon del rey de Granada. Una tregua se proclamó durante los tres dias que habian de preceder al combate y que debia durar hasta el dia despues de el suceso. Esta suspension de hostilidades, facilitó á ambas partes el que se ocupasen esclusivamente de los preparativos para la liza. Se eligió por mútuo consentimiento el espacio de terreno que se juzgó suficiente, entre las murallas de la ciudad y el campamento; y para impedir que ocurriese algun accidente desagradable por cualquiera de ambos ejércitos mientras durase la lucha, se prohibió tanto á los cristianos como á los moros, que traspasasen bajo cualquier pretexto los límites que al intento se colocaron á cierta distancia del espacio elegido. Una guardia compuesta de igual número de soldados, se colo-



có en ambas partes; los moriscos al pié de las murallas de la ciudad, y los cristianos frente al campo de Fernando.

Terminado el arreglo del campo, todos esperaban con impaciencia el gran momento, y cuando al fin llegó la víspera del día fatal, un constante y singular murmullo se sentía en Sevilla y en las tiendas del ejército cristiano.

Mientras que ambas partes sentían tan extrañas sensaciones, la infeliz Morima, causa inocente de aquel temible acontecimiento, sufría en un lejano aposento del palacio el esceso de su amarga é insoportable pena. La desdichada amante de Alhamar, era víctima de un tormento mas atroz si cabe, que aquel que laceraba el corazón de su adorado moro. El bárbaro Ismael, era para ella un objeto del mas profundo aborrecimiento y desprecio; desde un principio se resistió vigorosamente á sus alhagos, tratando sus ofrecimientos y cuidados con el desprecio que merecían. Nada podía vencer la repugnancia con que Morima recibía cada visita de su raptor; hasta que al cabo, el descorazonado musulman viendo frustradas todas sus esperanzas y proyectos, resolvió conseguir por fuerza lo que no pudo obtener por los medios de la persuasión.

Comenzó su villana obra por encerrar al desamparado objeto de su diabólica pasión en la pieza mas solitaria y retirada del palacio, á donde la expresión de su dolor no pudiese ser vista, ni oídos los lamentos de su desesperación. De esta manera estaba seguro de que sus sufrimientos no escitarían la piedad de ningún moro compasivo. En este encierro, pues, estaba escrupulosamente guardada Morima hasta que se decidiera á cumplir los deseos de Ismael, dándole la mano de esposa. No se le permitía la sociedad de nadie, escepto la de una vieja, que aumentaba doblemente lo doloroso de su situación, y la de la servidumbre mas indispensable para su asistencia. En este aislado retiro, la amorosa paciente veía sucederse los días con la obligación de recibir la visita del tirano, que cada vez parecía mas inflexible en querer llevar adelante su resolución.

La noche que precedió á la mortal contienda, estaba Morima sentada en su aposento y entregada á los pensamientos mas tristes; una lámpara solitaria lanzaba sus moribundos rayos, cuya luz solo servía para hacer mas temibles las mal proyectadas sombras. La desconsolada joven había oído algo sobre el próximo combate y sabía que su adorado Alhamar se hallaba delante de los muros de Sevilla, cuya idea derramaba algún bálsamo de consuelo y esperanza en aquel corazón destrozado por tan continuas amarguras.

En aquel momento fué sorprendida por la inesperada presencia de Ismael. Lo avanzado de la hora despertó en ella justos temores, acostumbrada como estaba á que su bárbaro opresor no la viese nunca despues de anocheado. Las sospechas infundieron en ella el valor de la desesperación, y se apoderó de la lámpara de bronce como única arma de que podía disponer. Ismael con una risa sardónica se detuvo un momento á contemplar su víctima, y despues de una corta pausa la dijo con voz tranquila:

—Morima, no temas; no vengo animado por el amor ni por la venganza; sino únicamente á despedirme de ti.

—¿A despedirte! Ah! infame moro ¿qué nuevos planes has forjado para destruir mis esperanzas y hundirme en el abismo de la desventura? ¿habla! ¿qué nueva desgracia amenaza la cabeza de tu víctima?

—Esa víctima puede ser mi esposa, contestó el moro desconcertado, pero su corazón empedernido prefiere el odio de Ismael á su amor; pues bien! tiembla desgraciada! porque ese odio ha de ser tan fatal en sus consecuencias, como ilimitado, como puro fué el amor que te consagré.

—¿En vano, indigno, piensas atemorizarme! No, tus amenazas no pueden producir el horror que me causan

tus alhagos. No temo tu baja venganza, porque ella será un rico presente á Morima si decreta su muerte.

—Al fin esa obstinada porfía hubiera terminado si se hubieran puesto por obra las pruebas; pero consuélate con la convicción de que la suerte que deseas no está tan lejos como tu corazón puede concebir.

—¡Gracias al profeta que al cabo ha oído los constantes votos de mi dolor! ¡Gracias á los piadosos cielos que han mirado al fin con compasión á la desamparada Morima!

—¡No blasfemes así, insensata! ¡no abandones tu alma á tan necio placer, pues la muerte que te ofrezco es solo condicional. Ahuyenta esos trasportes de alegría, porque solo recibirás la muerte en el momento en que la vida pudiera proporcionarte la felicidad suprema!

Morima miró atentamente al feroz musulman y en su semblante, en sus alteradas y lividas facciones descubrió al momento la certeza de alguna horrorosa maquinación. El valor que antes la había dado fuerzas desapareció, y un temblor general se apoderó de todos sus miembros, efecto de unas sensaciones que no podía definir. Despues de un corto silencio continuó el moro.

—Si, ciega criatura: debes saber que la gracia mas miserable que pidas te será negada y prepárate á oír otra noticia no menos fatal. Tu idolatrado Alhamar, mi infame enemigo, se halla en este momento delante de las murallas de esta ciudad unido al rey cristiano para perseguir á los hijos del santo profeta. Juzga el imbécil que la fortuna coronará su traición y que por la conquista de Sevilla será el libertador de Morima. Tales esperanzas no pueden jamás cumplirse, aun en el caso, que Alá no permita, de que cayese la ciudad en poder del rey de Castilla. No, Alhamar y Morima están condenados á no volverse á ver mas en vida.

Diciendo esto fijó una mirada de cruel satisfacción sobre su víctima, en tanto que ella lanzaba un suspiro de desolación y amargura; á poco continuó:

—Creiendo sin duda, ese falso Alhamar, que la rendición de esta plaza no es obra tan fácil como desearia, me ha provocado á un duelo á muerte, cuando yo soy quien mas lo deseo. Mi enemigo no puede odiarme con mas intensidad que yo le aborrezco; y la única causa de mi rencorosa aversión es el amor que le tienes.

—Cesa, cesa, monstruo de horrible ingratitud. Su odio es la justa ira de una villana injuria; el tuyo es la maligna envidia de un demonio. Aborreces al héroe generoso por que fué hospitalario y benigno contigo; pero tu ingratitud despertará la cólera del profeta y el momento de la próxima lucha será la señal de tu premio. Si, recibirás la muerte de la mano de ese hombre que tan profundamente, tan impiamente has ultrajado.

—Si me espera ese destino, contestó el moro con terrible indiferencia mientras que una amarga sonrisa asomaba á sus labios, tu muerte seguirá inmediatamente á la mia. Tal vez juzga el demente Alhamar que si logra vencerme, Morima será el premio de su victoria; ¡goce, goce con esa ilusión para que el desengaño le sea mas amargo!... Adios; si vuelvo á tí, será manchado con la sangre de mi aborrecido rival; si cualquier otro viniese á darte cuenta de mi suerte, prepárate á morir; has despreciado el amor de Ismael; pues bien, los terribles efectos de su odio caerán pronto sobre tu cabeza con todo el peso de la mas profunda maldición.

Dirigió una mirada horrorosa á su víctima y salió bruscamente del aposento. En un principio el terror se apoderó del corazón de Morima; las palabras crueles del moro, la ferocidad con que las había pronunciado, no pudieron menos de excitar iguales sensaciones de temor; empero lo que mas profundamente hería su alma, era la dolorosa convicción de no volver á ver mas á su adorado Alhamar. Su amante ó ella debían morir, pues conocía muy bien el carácter de Ismael para persuadirse de que llevaría á cabo su amenaza sin piedad ni remordimiento;



y sin embargo, esta alternativa era la menos temible de las dos. Aterrada, pues, y en extremo conmovida con estos tristes pensamientos, comenzó Morima á dirigir sus preces al cielo.

Entretanto Ismael entraba en su cuarto seguido de Morax, moro inflexible y confidente de sus secretos.

—Ven aquí, Morax, le dijo: me parece que puedo tener confianza en tu celo y fidelidad.

—Noble Ismael, la duda sobre ese punto sería manchar á Morax con la mas negra afrenta. Te debo tanto que nada de lo que yo pudiera hacer sería bastante para compensar tus favores.

—Mucho me alegro que pienses así, porque no tardará en llegar el momento en que tu amistad y la gratitud de que blasonas se pongan á prueba.

—Habla, contestó el moro, haré cuanto me ordenes.

—Ya sabes, amigo mío, continuó Ismael, que mañana es el día fijado para el combate provocado por ese moro perjuro Alhamar.

—Sí; pero seguramente no hay que dudar de la victoria: todas las probabilidades están de nuestra parte; doce valientes guerreros van á pelear contra seis, y el sagrado profeta ayudará indudablemente á los que pelean por su honor y gloria.

—No obstante, debo estar preparado para cualquier acontecimiento funesto que pudiera sobrevenir, y eso me ha hecho concebir el proyecto que voy á confiarte.

Se detuvo un poco y con voz mas solemne prosiguió:

—¿Si lo exigiera la necesidad, podrias Morax, endurecer tu corazon contra los lamentos de la agonía? ¿Podrias mirar con impavidez, con fria indiferencia las lágrimas de una muger desesperada, sus ojos fuera de las órbitas, sus facciones alteradas á punto de representar la imagen de la muerte?

—Podria: respondió el moro con tranquila é inalterable ferocidad.

—¿Y podrias de la misma manera hacer un gran servicio á tu bienhechor, hundir tu puñal con fiera resolucion en el pecho de esa muger, jóven, tierna y hermosa, y en la desesperacion que te he pintado?

—Sí; contestó el moro con la misma decision y el mismo tono.

—Bien, dame tu mano, Morax.

—Sin embargo, no concibo como puede serte necesario este servicio en la ocasion presente.

—Escucha y lo entenderás. . . . .

. . . . .

Los dos moros se separaron. Morax se retiró á su aposento profundamente afectado por las revelaciones que le habia hecho su señor. A pesar de la dureza de su corazon y de su costumbre ciega en aprobar todas las medidas de Ismael, no pudo menos de estremecerse de horror al proponerle el asesinato de la inocente Morima. No obstante, estaba persuadido de que no llegaría ese caso; tal confianza tenia en que los moros de Sevilla habian de volver triunfantes de la lucha. El bárbaro Ismael en tanto, se acostó con una completa tranquilidad de espíritu, y se durmió en la seguridad de que estaba previsto el único caso que podia temer.

Al cabo llegó el momento deseado del combate. Los campeones montaron sus caballos y al toque de trompeta tomaron el campo. Alhamar y sus compañeros fueron los que primero llegaron y comenzaron á medir el terreno con marcial continente. No tardaron en aparecer sus enemigos.

—Allí vienen, exclamó Alhamar en el exceso de su gozo. Fortaleza mi brazo el divino profeta, y pronto morderá la tierra el traidor.

Imponente sin duda era el aspecto de los moros sevillanos; venian hombres escogidos con cuidado especial, y

todos mostraban en sus semblantes la misma animacion, cuya circunstancia unida á la ventaja del número pudiera haber sembrado el terror en otros corazones que los de sus adversarios. Alhamar, el mas impaciente de todos se colocó frente á frente á Ismael, sobre el cual echó una mirada de feroz satisfaccion. Vargas ocupó el puesto inmediato al rey de Granada, y en el centro de los demás compañeros. Hízose la señal y los enfurecidos enemigos se mezclaron en formidable pelea. Un choque simultáneo y sordo fué el primer efecto de la acometida, al cual siguió una lucha mas ordenada. Al principio la superioridad del número mayor, se notaba claramente, y los guerreros del campo fueron vigorosamente rechazados; pero esta circunstancia ni los sorprendió, ni disminuyó en lo mas mínimo su valor. Conocian que debian cansar á sus enemigos, antes de poder obtener alguna ventaja y á este fin dirigian todos sus esfuerzos. Alhamar y su hermano eran los únicos que no observaban este órden prudente de batalla. Llevados de una ciega impetuosidad cerraron con Ismael y Abenhud, bravo moro sevillano. El rey de Granada sostuvo con su rival una empeñada accion y ambos se separaron un corto trecho de los demas, con objeto de que no se les escapara de entre manos la presa que deseaban.

En este momento se oyó un grito terrible. Era el último de muerte que lanzaba uno de los moros sevillanos, vencido por el impetuoso Vargas. Esta primera ventaja sirvió para avivar las esperanzas de los caballeros de Fernando; inmediatamente se abandonaron las lanzas y se confundieron los guerreros en un combate aun mas sangriento. Selim se vió en el mismo instante cercado por Abenhud y otro moro que habia corrido á su socorro, viendo por el decaído estado de don Tello de Osorio, que sus esfuerzos eran mas necesarios á donde peleaba Selim; este refuerzo tuvo consecuencias fatales para el hermano de Alhamar. Tenia que parar los golpes de dos poderosos antagonistas que deseaban vencerlo, para unirse en masa contra Vargas que descargaba los mas funestos golpes sobre los sevillanos. Selim desesperado, envió tan seguro tajo sobre Abenhud, que hizo vacilar al guerrero sobre el arzon, y al fin cayó para no volverse á levantar. Desembarazado así de uno de sus enemigos, acometió atrevidamente con el otro; pero su valor no tuvo el mismo éxito; despues de un momento de resistencia, cedió á la multitud de sus heridas, no dejando gozar, sin embargo, á su enemigo la gloria de su vencimiento el poderoso brazo del maestre de Santiago, que habiendo muerto al que le tocó en suerte, vino á tiempo para imponer la misma pena al vencedor de Selim.

Desde aquel momento se hizo el combate mas terrible; tres campeones de un partido, y uno de otro yacian cadáveres en tierra, y la mayor parte de los restantes estaban heridos. La vista de los muertos infundia nueva rabia en sus compañeros, cuyas miradas á través de las entre abiertas viseras lanzaban una luz semejante á la del relámpago, precursor de la tormenta. Conociendo los sevillanos que Vargas era el mas temible de sus enemigos, unieron contra él sus principales esfuerzos, y nada menos que tres moros cerraron con él en lucha desigual. El poderoso castellano, no obstante, parecia indiferente á los golpes que volaban al rededor de su cabeza, y los contestaba con la misma destreza y rapidez que los recibia.

Entre tanto el combate de Alhamar é Ismael continuaba con el mismo empeño y vigor. Jamás se vieron dos enemigos mas totalmente iguales. En estatura, fuerza y agilidad de miembros, hubieran podido pasar por mellizos; pero sus almas participaban de muy diversos sentimientos. Alhamar peleaba con la conciencia de aquel que juzga la razon de su parte; á Ismael le animaba la remota posibilidad de que el rey de Granada se uniese alguna vez con su adorada. Una vaga idea de que Morax



pudiese hacerle traicion llenaba su alma de una angustia mortal, y desesperado y loco acometió á Alhamar; ambos desnudaron los alfanjes y trataron de luchar á brazo partido; la intencion de los dos era derribarse uno á otro del caballo; pero estaban tan estrechamente unidos que no les fué muy facil el conseguir su objeto.

A este tiempo los guerreros de Fernando habian adquirido una notable superioridad. Seis de los sevillanos se bañaban en su sangre ya muertos ó heridos de muerte, mientras que de sus adversarios, solo Selim y Osorio estaban en igual caso. Vargas, el maestro de Santiago y Lara no solamente estaban dispuestos á seguir el combate, sino que parecian haber adquirido nueva fuerza y nueva resolucion. Con esto los moros comenzaron á temer los resultados de la empresa, pero la vergüenza de tal derrota los estimulaba á sacar fuerzas de flaqueza y peleaban decididos á morir antes que confesarse vencidos.

Al cabo, la lucha entre Ismael y Alhamar tuvo su término. Ambos vinieron al suelo abrazados, pero Alhamar tuvo la suerte de caer encima. Frenéticos con el dolor de la caída é inflamados por la sed de la venganza parecian poseídos de un poder sobrenatural. Luchaban en el campo ensangrentado sin serles posible levantarse ni herirse mortalmente. En aquel momento Alhamar se aproximó tanto al cadáver de su hermano, que llegó aun á tocar los restos de su querido Selim. Este contacto tuvo un efecto maravilloso en el rey de Granada, que haciendo el último esfuerzo se apoderó del puñal del difunto moro, y antes de que Ismael tuviese tiempo de prepararse á la defensa, el acero de su contrario habia atravesado ya su pecho. No satisfecho aun Alhamar, se cargó sobre el cuerpo de su enemigo para ahogar al miserable con su peso; desde aquel instante no tuvo duda la victoria; oprimió con toda su fuerza al postrado Ismael y le dirigió tan seguro golpe, que fué el signo de muerte del moro sevillano.

—¡Muere, miserable! exclamó Alhamar con ronca voz y aspecto salvaje: ¡muere y recibe el justo castigo que merecen tu bajeza y tu ingratitude!

Ismael fijó su apagada vista en el vencedor, y animadas aun sus alteradas facciones con un débil rayo de vida, le respondió con voz baja é interrumpida.

—Cesa, Alhamar, de perseguirme con tu odio mas allá de la tumba! mi ofensa está ya satisfecha con usura.

—¿De qué me sirven, contestó Alhamar tu pena y arrepentimiento ahora, sino puedes curar la profunda herida que hiciste en mi felicidad?

—Si puedo, d jo Ismael débilmente: Morima, vive pura y hermosa como cuando cautivó tu corazón!!

—¡Habla; Oh! habla, Ismael!.... gritó Alhamar impaciente.

—Te será devuelta; continuó aun mas débilmente el moribundo moro. En este momento me arrepiento de todas las injurias que te hice. ¡Ah! noble Alhamar! no me niegues tu perdon, cuando mi alma va á emprender su vuelo eterno!

—¡Alá te perdone, contestó conmovido el generoso Alhamar, como olvida tus injurias el rey de Granada!

—¡Gracias; muero contento! murmuró Ismael, y al cabo de algunos segundos dejó de existir.

Con esto se terminó el combate. Cuatro sevillanos habian quedado solamente, y la muerte de su gefe fué la señal para que cesara la mortal contienda.

—Moros, exclamó Alhamar, la ardiente sed de mi venganza está satisfecha; mi enemigo está muerto; dejemos ya de verter sangre por hoy: somos iguales en número, pero no en poder; abandonad, pues, una empresa que pudiera seros fatal y guardad vuestro esfuerzo para otras ocasiones. Habeis cumplido con vuestro deber y nadie podrá dudar de vuestro valor.

No vacilaron los castigados moros en admitir la proposicion, y confundidos, cabizbajos y místios dirigieron sus pasos á Sevilla. Indefinibles clamores de gozo y admiracion celebraron la vuelta de Alhamar y sus victoriosos compañeros al campo. Al son de mil músicas guerreras y seguidos por el entusiasta ejército, fueron los héroes conducidos á la tienda del rey Fernando á recibir el parabien de sus gloriosas hazañas. Todos llevaban señales abundantes é inequívocas del combate, pero ninguno como Vargas, cuyos esfuerzos habian sido los mas sorprendentes. Con el casco hundido, abollado el escudo y roto, y todo su aspecto en el mayor desorden se presentó el indómito guerrero al rey, cuando observó de repente que entre los caballeros que rodeaban á Fernando, se hallaba el insultante cuanto orgulloso Haro.

Garci-Perez echó una mirada de desprecio al cortésano, mas no profirió una palabra; al mismo tiempo le dijo el rey:

—No puedo menos, nobles guerreros, de daros mi mas completa y satisfactoria enhorabuena. Desde este momento serán considerados Alhamar, Vargas, Lara y el Maestro de Santiago con el respeto y admiracion que merecen como los cuatro mejores caballeros de mi campo.

—¡Respeto y admiracion! dijo Garci-Perez con maligna sonrisa; por lo que á mí hace apenas podria esperar tan alto honor.

—¿Qué es lo que dice el caballero Vargas? contestó el rey sorprendido.

—Si señor, continuó el castellano con ademán tranquilo. ¿Cómo pudiera esperar admiracion y respeto de los guerreros que componen las filas del rey de Castilla, cuando hay en el campo quien quiere disputarme el derecho de llevar el escudo de mis armas?

Aquí se detuvo un instante, y dejando asomar á sus labios una sonrisa despreciativa, se dirigió hácia donde se hallaba Haro, y señalando á su escudo le dijo con tono irónico:

—Con razon nos quitais las armas del linage, pues las ponemos á tan graves peligros y trances: vos las mereceis mejor, que como mas recatado, las teneis mejor guardadas. (1)

La sangre enrojeció el semblante de Haro en cuyo corazón penetró la reconvenccion de Vargas. Todos los guerreros que allí estaban fijaron en él sus miradas, y el noble no pudo menos que sentir la vergüenza consiguiente á una acusacion que no podia rechazar. Empero con noble impulso se sobrepuso á la angustia y confusion que sentia, y tratando de reponerse se dirigió á Vargas en estos términos.

—Valiente Garci-Perez de Vargas, os he ofendido y deseo reparar mi injuria. Si, confieso con todo mi corazón, que Vargas es digno de llevar el escudo de armas mas esclarecido de Castilla. Permitid que os llame mi amigo, y mi conducta futura aleje de vuestro corazón la impresion desagradable que pudo causarle mi injusticia.

—Esá impresion, contestó el generoso Vargas, ha desaparecido desde el momento en que un caballero castellano desea tratarme con el miramiento de que me creo digno. Acepto gustoso, don Inigo de Haro, vuestra amistad, á la cual procuraré corresponder como merece.

Muy bien, dijo el rey, contento al presenciar esta reconciliacion. Tales son los sentimientos que deben siempre reinar en el campo de Fernando. La estrecha union que existe entre todos mis caballeros, es la mayor seguridad para la conquista de Sevilla; la ciudad no puede resistirse mucho tiempo contra los esfuerzos unidos de tantos y tan esforzados guerreros como tengo la honra y el orgullo de mandar.

Con esto, los cuatro campeones se retiraron á gozar el reposo de que tanto necesitaban y á poner pronto remedio

(1) Mariana.





Con razon nos quitais las armas del linage pues las ponemos á tan graves peligros.

á sus numerosas heridas. Alhamar habia visto cumplidos los mas ardientes deseos de su corazon; su venganza satisfecha, muerto su enemigo por su mismo brazo, y para aumentar mas el gozo de su triunfo, fomentaba la dulcisima esperanza de unirse en breve á su cara Morima. No obstante, á pesar de los alhagüenos pensamientos que le ocupaban, una sombra funesta parecia velarle su felicidad, cuando recordaba la ensangrentada imagen de Selim tendido en el horroroso campo de batalla.

Alhamar habia consagrado siempre á su hermano el cariño mas puro; las brillantes cualidades del malogrado jóven y el decidido afecto que tenia al rey de Granada, le habian hecho objeto de su justo aprecio. Su pérdida por tanto, aparte de los lazos de la sangre, era para el morisco rey un manantial de sentimiento y afliccion.

El primer cuidado que ocupó, así á los castellanos como á los moros de Sevilla, fué el cumplir con los difuntos los ritos funerales. El dia siguiente al del combate se dedicó al cumplimiento de tan tristes deberes. Los moros sevillanos enviaron una partida de guerreros acompañados de algunas otras personas, para conducir el cuerpo de Ismael y sus compañeros á la ciudad. El funeral de Selim y Osorio, fué celebrado por sus amigos y hermano con el profundo dolor que inspiraba la muerte de dos guerreros jóvenes y valientes, que ambos prometian haber llegado á ser los primeros de la época. En esto, el rey Fernando, envió una embajada á Sevilla para intimar la rendicion á sus habitantes, ofreciéndoles mas suaves condiciones si la efectuaban á tiempo. Pero obsti-

nados los moros y mas irritados que sumisos por la suerte que habia cabido á sus compañeros, desoyeron con altivez las proposiciones, resueltos á defender la ciudad con tenaz perseverancia.

Participadas al rey estas intenciones hostiles, rompióse inmediatamente la tregua, y el campo y la ciudad volvieron á tomar su antigua actitud amenazadora.

Acaeció, pues, un dia, que acompañado de otro caballero, paseaba Vargas en busca de aventuras, como tenia de costumbre, junto á las murallas de la ciudad cercada, cuando al improviso se le presentaron siete moros á caballo. La superioridad del número intimidó al compañero de Vargas que le dijo:

—Retirémonos, si os parece; ellos son siete y nosotros solo dos; volvámonos al campo.

—No, por mi vida; replicó atrevidamente Vargas, aunque fuesen veinte en lugar de siete, jamás se diria que Garcí-Perez de Vargas habia vuelto la espalda á los moros. Dejadme, yo les haré frente.

En efecto, caló la visera y enristró la lanza, cuando el compañero se hubo apartado; pero tal era el terror que su nombre habia hecho concebir á los moros, que cuando reconocieron al poderoso castellano, eludieron el combate. Vargas les dejó pasar y volvióse á paso lento; mas apenas hubo adelantado algunos pasos, cuando exclamó: —¡Voto á tal! al enlazar la capellina he perdido la escoria; vuelvo á buscarla.

Y diciendo esto, volvió el caballo y se dirigió á los moros.



—¿Qué es aquello, señores? exclamó el rey maravillado. Mirad, mirad aquel caballero temerario, volver pies atrás á provocar el enemigo.

Pero al llegar Vargas á los moros, estos segunda vez esquivaron el encuentro. El valiente castellano halló su perdida escoria, y haciéndola recoger á su escudero, se volvió pacíficamente al campo cristiano. Como era de esperar, fué recibido en él, con las mayores muestras de veneracion y respeto.

—Es casi increíble lo que acabas de hacer, le dijo el rey, y mas que nada manifiesta el esfuerzo y renombre del buen caballero Garci-Perez. Y ahora bien, valiente castellano, dime quien era tu compañero; ¡vergüenza sobre el cobarde que abandonó de aquel modo á tan apuesto guerrero! Su nombre debería publicarse!

—Perdonadme, señor, contestó noblemente Vargas, no es decoroso aumentar la vergüenza de un caballero bien nacido. Dejadle mas bien conservar la persuacion de un honor sin mancha, y tal vez se enmendará. Esa publicidad sería degradante y no produciría buenos efectos. ¿Si quitais á un caballero el sentimiento del honor, de qué cuidará despues?

—Sin embargo, su indigna conducta merece...

—Señor, interrumpió Vargas con tono decidido, es inútil instarme, porque jamás descubriré el nombre de ese caballero.

Sus amigos no dejaron despues de suplicarle con el mismo objeto, pero fueron vanas sus diligencias. Esta noble conducta de Vargas, dió mayor grado de honra y prez á su hazaña, y le hizo mas estimable á los ojos de todos sus compañeros de armas. (1) Empero ninguno parecia mas satisfecho de las glorias de Garci-Perez que su amigo Alhamar; la pérdida de su hermano habia añadido dobles lazos á la amistad de entrambos, y la compañía del castellano se habia hecho indispensable al rey moro.

—¡Ah! Vargas, díjole este un dia, siento un desasosiego inexplicable y que nada puede calmar.

La pérdida de tu noble hermano ha sido una gran calamidad; pero el fuerte corazón de Alhamar debe sobreponerse á esa desgracia.

—No, amigo mío; tan profunda como es mi afliccion por la muerte de Selim, sé la manera de sobrellevar el infortunio con resignacion; ademas, el fin de mi hermano fué tan glorioso, que esa sola consideracion puede proporcionar algun consuelo á mi pena; pero es otro extraño, indefinible sentimiento el que ocupa mi corazón; es una mezcla de es, eranza, gozo y temor que no me deja disfrutar un momento de tranquilidad.

En aquel instante llegó un mensajero del rey Fernando, manifestando sus deseos de ver á Alhamar para un negocio urgente.

—Rey de Granada, dijo Fernando al aparecer el moro, un heraldo ha venido de Sevilla diciendo que desea veros. Yo no soy tan bajo como para suponerlos capaz de meditar una traicion. ¿Teneis, en fin, algo que esperar de la ciudad sitiada?

—Rey de Castilla, contestó Alhamar algo turbado. Si, confieso que sentiria no ver al mensajero.

Entonces Alhamar, le refirió en pocas palabras la historia de sus desgracias y la suerte de Morima, cuya narracion no dejó de interesar á Fernando.

—Mi enemigo, continuó Alhamar, me manifestó mucho arrepentimiento por sus faltas, y como prueba, me dió su palabra de que Morima volveria á mis brazos; por lo que juzgo que este mensaje de Sevilla ha de tener alguna referencia con ese asunto. Si me lo permitis iré á ver al mensajero.

Este fué inmediatamente introducido á la presencia del rey de Granada.

—Noble Alhamar, le dijo con tono respetuoso, Mico-

mision debe poner término á tu amargura; desde ahora puedes entregarte á los excesos de la mas satisfactoria esperanza.

—¿Qué exiges de mí, moro? interrumpió con gravedad Alhamar. Di pronto tus intenciones y no gastes el tiempo en frívolas palabras.

—Conoces esta banda roja?

—¡Piadoso Alá! exclamó Alhamar, trémulo de gozo y de sorpresa. Si, es la misma prenda, la prenda de su amor, el regalo que me preparaba cuando el... el difunto Ismael... ¡Oh! dame pronto esa preciosa joya y la bendicion del profeta te guarde.

—Tómala, dijo el moro con dulce sonrisa, tómala porque es la precursora de otro regalo mas grato... no hago mas que cumplir los deseos de Ismael; él te afrentó y deseaba reparar su injuria; sentimientos menos generosos ocuparon en un tiempo su alma, pero felizmente desaparecieron. Esta misma noche, verás y te unirás á tu Morima.

No es posible esplicar el gozo que se apoderó del corazón del moro rey. Abrazó tiernamente al mensajero y le es; resó su gratitud de la manera mas ardiente.

—No me lo agradezcas á mí, díjole el moro con la misma sonrisa dulce, porque yo no hago mas que obedecer las órdenes de mi amo y bienhechor. Esta misma noche te acercará á las puertas de Sevilla, y se te entregará tu adorada Morima.

—A dios, pues, hasta entonces, y Alá te guie.

Con esto, despidióse el moro, y se volvió á Sevilla.

Alhamar contó al rey Fernando, cuanto habia sucedido, mostrando al mismo tiempo el placer mas excesivo con tan feliz ocurrencia; pero el santo rey le aconsejó cuerdamente que no se confiara demasiado de las palabras del moro. A pesar de la apariencia de sinceridad que presentaba el negocio, era muy posible y quizás probable, que todo ello fuese una estratagema de los amigos del difunto para sorprender al confiado Alhamar y hacerle sufrir por traicion lo que no habian podido conseguir en el campo de batalla. Obrando bajo esta conviccion, Fernando aconsejó á su aliado que le acompañase en su expedicion un número de tropas suficiente para prevenir cualquier traicion que acaso se hubiese intentado. Esta prudente medida no podia rechazar Alhamar, y en su consecuencia manifestó su agradecimiento al rey cristiano, asegurándole observar fielmente sus buenos consejos.

Cuando llegó la noche, salió del campo el rey de Granada, acompañado de su amigo Vargas y un cuerpo de caballeria, capaz de resistir un ataque imprevisto. Con sumo despacio y precaucion se acercaron á las murallas, observando al mismo tiempo con cuidado si descubrian alguna oculta emboscada; llegaron, no obstante, á Sevilla sin peligro de ninguna clase, y los temores de Alhamar y sus compañeros fueron poco á poco disipándose.

—No se vé á nadie en las fortificaciones, dijo Vargas. ¿Habrá querido al moro burlarse de nuestra credulidad?

—Me parece que hemos llegado antes de tiempo, respondió Alhamar; pero... algunos bultos creo que asoman ahora á las murallas. Adelantémonos.

Así era en efecto: las puertas de la ciudad se abrieron al mismo tiempo con mucho silencio, y cuatro ó cinco hombres salieron por ellas, conduciendo una especie de fardo; la oscuridad, no permitia distinguir el carácter de aquellos hombres, ni el fardo que llevaban, el cual depositaron cuidadosamente en tierra, retirándose con precipitacion á la ciudad, cuyas puertas se cerraron al instante.

—¿Qué misterio es este? dijo Alhamar. Veamos que significa aquel emboltorio, dijo Garci-Perez. Quizá sea lo que buscamos.

—¡Qué locura! contestó disgustado Alhamar, ¿habia de llegar la osadia de esos miserables al punto de traer esa doncella como un fardo de lenceria?

(1) Mariana.



En esto oyeron una voz que gritaba desde las murallas:

—Acércate, Alhamar; tus deseos están cumplidos.

El rey de Granada y Vargas obedecieron, pero al aproximarse notaron que el emboltorio no se movía; se apresuraron entonces á descubrir lo que contenía... y vieron un ataúd. Horrorizado y con mortales sospechas, hizo Alhamar que trajesen un hachon encendido, cuya luz les ofreció el fatal espectáculo del cadáver de una jóven recientemente asesinada, y aun brotando sangre por las heridas. ¡Era Morima! Alhamar lanzó un grito de desesperacion y cayó casi sin sentido en los brazos de Vargas. La consternacion y el horror de todos los circunstantes se espresaban sobradamente por su profundo silencio. Vargas vio un papel dentro del ataúd; lo cogió y leyó lo siguiente:

«Falso Alhamar! Traidor á tu fé y á tu patria, contempla el objeto que Ismael dejó preparado á tu ansiedad! Considera como ha cumplido la promesa que te hizo de entregar en tus manos á Morima. Apodérese de tu corazon la mas cruel desesperacion al ver frustradas tus esperanzas, y la ignominia de ser un renegado sea un veneno mas, que emponzoñe las heridas de tu alma pérfida.»

Mucho tiempo pasó antes que Alhamar pudiese coordinar sus ideas para formar una resolucion. La sorpresa que causó al desdichado rey de Granada el cadáver de su adorada Morima, junto con las circunstancias que debieran haber precedido á su muerte, fué tan intensa, tan profunda, que ni el fuego de la venganza podía despartarle de su estupor. Al cabo volvió de su letargo y fueron tales su furor y su ira, que solo la total destruccion de Sevilla hubiera acaso podido calmarlos. Habia en sus ademanes tal ferocidad, tal incoherencia en sus palabras, que sus compañeros comenzaron á temer si acaso la horrorosa vista de su amada habria tenido alguna influencia en su razon. En vano Garci-Perez recurría á todos los medios de la persuasion; todos sus esfuerzos se estrellaban en la afliccion de Alhamar, que rechazaba resueltamente cuantos consejos pudieran estinguir su pena ó calmar la fiebre de su pasion.

Poco tiempo despues de este suceso, la conquista de Sevilla se facilitó en gran manera por la quema del puente de barcas, que contribuía tanto mas á la defensa de la ciudad, cuanto que por su medio se abastecian los sitiados de todo lo necesario. Otro tambien de los proyectos del rey, fué el de envenenar el rio; pero esa idea era tan infructuosa como extravagante. Ramon Bonifaz comandante de la armada del rey de Castilla, aprobó el plan de destruir el puente, y por añadidura pensó en quemar los buques enemigos estacionados en el Guadalquivir. Reuniéronse, pues, una multitud de efectos y combustibles, y todo se preparó para la proyectada empresa.

Al fin llegó una noche sumamente oscura y en que el viento soplabá con toda su fuerza para favorecer las intenciones de los cristianos; tres ó cuatro barcas, alzadas é hinchadas las velas, lanzáronse con tal impetu contra

el puente, que no pudieron resistir el choque las ataduras de hierro que tenía; diéronle fuego á los barcos, y en un momento se vieron todos envueltos en un oceano de llamas. Esparcidas estas por el viento, hicieron concebir á los sitiados las mas serias alarmas. De esta manera se cortó la comunicacion del barrio de Triana con la ciudad, é imposibilitados por consiguiente los medios de transporte, Sevilla se vió al cabo obligada á rendirse, despues de un largo y obstinado sitio de cerca de diez y ocho meses.

Esta gloriosa victoria de las armas cristianas, ocurrió en el año de 1248; Fernando entró en la ciudad en triunfo, y prontocambió Sevilla de aspecto; el pabellon de la Cruz ondeaba en todas las torres y mezquitas; mas de cien mil árabes entre hombres, mugeres y niños, salieron de la ciudad, con los cuales iba Xarraf el rey, que con gran número de ellos se dirigía á Africa. Su palacio fué ocupado por el rey de Castilla, el cual desde aquel momento concibió la idea de que la ciudad conquistada fuese la metrópoli de sus nuevos y dilatados dominios. La venganza de Alhamar quedó del todo satisfecha con la toma de la plaza, pero nuevos sinsabores le atormentaban; la historia de sus desgracias y el remordimiento amargaban su vida. Contemplaba á los de su misma religion vencidos, miserables y desterrados. Igual suerte pudiera caber en algun tiempo á su reino de Granada, habia apoyado el poder de los cristianos, con lo cual habia obrado con injusticia para sus hermanos, y con imprudencia para sus propios intereses.

A estas tristes reflexiones se unian otras no menos dolorosas. Morima habia sido asesinada, Selim sacrificado en su defensa; y en fin, habia cargado con la odiosidad de parte de los suyos. Afligido, pues, con estos tristes recuerdos, el desgraciado Alhamar se despidió del rey cristiano y tornó sus pasos á Granada lleno de desolacion y sentimiento. Allí trató de distraer sus penas y reparar los pasados estravios de sus pasiones, esforzándose en mejorar la suerte de sus súbditos.

Despues de la conquista de Sevilla siguió Fernando su carrera de triunfos y de glorias; tomó la ciudad de Jerez y otros puntos, y aun tenía el proyecto de llevar la guerra hasta Africa, cuando la muerte puso fin á sus intenciones. Murió el rey en Sevilla en mayo de 1252. Pocos monarcas han dejado mas títulos de respeto y admiracion á la posteridad que Fernando tercero de Castilla. Fué tan prudente como valeroso, tan sufrido como magnánimo; su belleza personal estaba perfectamente acorde con su actividad y demás dotes de su entendimiento. A sus muchas virtudes añadía la de una piedad sincera y un verdadero amor á la religion.

Fernando fué canonizado por Clemente X en el año de 1671, y sus restos mortales existen aun guardados en una urna de cristal en la catedral de Sevilla.

C. DE ITURRALDE.

## ESTUDIOS DE VIAGES.

### BAGNERES Y BAREGES.

Nuestros lectores nos disimularán sin duda que en la presente estacion, los ocupemos algun tanto de baños y aguas minerales; por lo menos, si hay quien opine que no tratamos las cosas bien, no se nos acusará de tratarlas fuera de tiempo. Los calores que ya se dejan sentir con

mas que mediana intensidad, hacen recordar naturalmente aquellos sitios privilegiados donde nunca se siente el rigor del estío; por otra parte, en Madrid es imposible hoy no hablar de aguas y de baños, porque todo el mundo se vá á los baños y las aguas, y nadie habla de otra cosa. Hace ya mas de un mes que las diligencias salen atestadas de viajeros en todas direcciones, y están tomados los asientos para otro mes despues; dejémoslos marchar,



y ya que no nos sea dable acompañarlos, referiremos á los que se quedan, algo de lo que verán los que se dirigen á Bagnères-Bigorre y Baresges, porque también á estos puntos van no pocos españoles, como van multitud de franceses y ciudadanos de otras naciones. Ocupa Bagnères ó Bañeras, como debe decirse en español, un delicioso sitio del Pirineo, casi á la puerta de nuestra casa, no lejos de Pau, y á cuatro leguas de Tarbes. Sus manantiales le han dado el nombre y la celebridad de que goza, igual acaso á la de Baden; las aguas son abundantísimas, y su temperatura varía de 15° á 40° Reamur, circunstancia que las hace aplicables á multitud de enfermedades. Hay varios establecimientos, pero el principal es suntuoso, construido todo de mármoles del Pirineo, cuyo costo ascendió á 500,000 francos, cerca de un millón doscientos mil reales, suma enorme, si se atiende la facilidad con que pudo obtenerse la piedra y demas objetos de construcción; casi el total de las casas de Bañeras, están hechas para recibir forasteros, y durante la estación de baños, la vida es mas divertida y agradable que en el mismo París; se calculan en cuatro mil curiosos los que van cada año, y unos dos mil enfermos; estos seis mil viajeros dejan á Bañeras una suma de 400,000 francos, muy cerca de 80,000 duros. Las aguas, sin embargo, aunque buenas, no tienen las virtudes específicas que otros manantiales, y especialmente los de Baresges, distantes cuatro leguas.

Está Bañeras situada, como hemos dicho, en un parage delicioso, á la entrada del valle de Campan, al pie de una colina, de la cual brotan las aguas.

Embellecen á aquella comarca muchísimos encantos: hállase allí una naturaleza graciosa, apacible, idílica, y el pais es bien cultivado y rico en bellas praderas, que atraviesan en todos sentidos risueñas colinas. Recibe el Adour en su sinuosísima corriente, gran número de arroyuelos, que se deslizan por un lecho de mármol, y

forman acá y acullá cascadas sobre un fondo blanco y verde, bosques de flores y ramilletes de matorrales. Las casas son limpias y de agradable aspecto, elevándose delante de la mayor parte de las habitaciones, magestuosas encinas y castaños, y véñse por el campo pastando numerosos ganados. En el fondo se distingue el vasto muro de los Pirineos dominado por el pico del Mediodía.

Hállase junto á Campan la célebre gruta de la Montaña Gris, habitada por hadas encantadoras y gnomos, la cual ha dado margen á una multitud de cuentos y tradiciones populares que se estienden hasta el valle de Roncesvalles y remontan al tiempo de Carlo-Magno. Al salir del valle de Campan, éntrese en el de Aure, en el cual se halla la hermosa aldea de Grip; y desde allí vése completamente el pico del Mediodía, que por largo tiempo fué tenido por la cima mas elevada de los Pirineos; mas las recientes observaciones barométricas han probado que el Monte Perdido y el Vignemale le sobrepujan algunos centenares de toesas.

La mayor parte de los viajeros, atraídos á los Pirineos por la esperanza de recobrar la salud mas bien que por el deseo de contemplar la grande y hermosa naturaleza, no emprenden lejanas correrías para ir á admirar las imponentes escenas que ofrece en las altas montañas de la cadena central. Escribe sin embargo su curiosidad la nombradía de algunos sitios pintorescos; y pocos hay que antes de alejarse de la comarca no quieran gozar de su aspecto por una sola vez siquiera; pero los muros de rocas que coronan las fuentes de Gavarnie son para ellos lo que á primera vista parece el último confín del mundo. Sin embargo, desde las mismas alturas de aquella gargantas, cuyo recinto parecia inaccesible, sin dejar en ninguna parte la menor vía de comunicacion con el pais que la rodea, ¡qué inmenso campo no se abre á los ojos del viajero curioso y observador! ¡qué cosa mas fecunda en emociones que una subida á la brecha de Rolando?



Vista de Baresges.



Una vez llegado al tercio de la montaña, queda uno admirado á la vista de los inmensos pastos, que no esperaba encontrar en tan inclinados declives, encima de las peñas de donde se precipitan las pequeñas cascadas y junto á un inmenso valle de nieve. Considerable número de plantas y flores raras en los climas templados crecen y despliegan sus brillantes colores al lado de esas escarchas que recuerdan las tristes soledades de las comarcas polares. Desde este lugar colúmbrense ya los ventisqueros que cubren las plataformas y las excavaciones naturales trazadas en el flanco septentrional del Marboré. ¡Qué agradable sorpresa cuando torciendo hacia el Sur echamos de ver la famosa brecha que inútilmente intentáramos descubrir durante tres horas de camino! Llenos de gozo quisiéramos detener los pasos, y admirar despacio la singular arquitectura de aquella obra, en la cual la naturaleza parece que ha trabajado sobre un plan que admira por su simetría y regularidad; pero pronto se apodera de nosotros un frío intenso que nos recuerda los peligros que no nos es dado evitar sino por medio del movimiento y actividad de una marcha rápida. Llegase por último á la brecha de Rolando, ancha excavación que no tiene menos de 40 pies de profundidad y en la cual abundan constantemente las nieves: por mas que se sepa que la conexión de las rocas, en medio de las cuales se encuentra la brecha, no tiene menos de 200 pies de abertura, que su elevación varia de 60 á 100 toesas; que las dos cumbres de *Tailion* y del *Cilindre* que las dominan á igual distancia, se eleva la primera como unas 90 toesas, la segunda como unas 169, es imposible, antes de haber alcanzado la base, imaginar el efecto que produce su colosal magnitud, sobre los sentidos del admirado espectador.

Así que se ha atravesado el escarpado paso del Escalotte, descuéndese al valle de Bareges. La ciudad de la cual toma su nombre, está situada en una garganta estrecha y encerrada en un pequeño espacio, siendo por lodemas u posición en medio de aquellas altas y rectas montañas de muy pintoresco aspecto. De diez años á esta parte háse procurado hacer la mansión de Bareges mas cómoda y agradable para los extranjeros; sin embargo de que algo queda que hacer aun respecto á eso, pues cuesta tan cara la vida que un hombre solo no gasta menos de doce pasetas diarias.

Lo que mejor puede hacerse durante la primavera es visitar el pico del Mediodía. Al paso gózase en diferentes puntos de una vista magnífica; siendo sobre todo lo que hace interesante esta escursión, la ocasión que ofrece de estudiar las costumbres y carácter de los montañeses, para lo cuales preciso entrar en las cabañas de los pastores, procurar inspirarles confianza y hacerles hablar. Aquellas gentes no conocen sino sus valles y montañas, ni sospechan que nada mas haya en este mundo. No poseen mas que sus ganados, y solo viven con sus semejantes. Es su lengua rica, expresiva, poética, y cada espresion lleva el sello de una alma fuerte y una viva imaginación. Las disposiciones poéticas de aquellos pastores se manifiestan con mas energía en lo alto de las montañas; pues si bien en las regiones inferiores hallanse habitaciones fijas, en las cuales reina la comodidad, y hasta el lujo, en las comarcas superiores es del todo diferente. Los pastores llevan en ellas una vida nómada; construyen para cierto tiempo estrechas cabañas, que derriban cuando la falta de pastos les obliga á conducir mas lejos sus ganados; y mueren muchos de ellos sin haber descendido una sola vez al llano, siéndoles enteramente desconocidas las ciudades mas cercanas, tales como Pau y Tarbes; bien que os hablarán largamente de la milagrosa gruta de la Montaña Gris y de la hondonada de Rolando. Los mas instruidos discurren sobre la historia de su pais cual si hubiesen leído el Ariosto ó la crónica del arzobispo Turpin; muy pocos saben leer; y en cuan-

to á la escritura, apenas pueden formarse una idea. Jamás oyeron hablar de Luis XIV, ni de ninguno otro rey de Francia, ni de la revolución, ni de Napoleon, ni siquiera de las guerras entre la Francia y la España: solo por algunos cuentos populares les es conocido Enrique IV, á causa de la proximidad del Bearnés. Por lo demas tienen entera fé en las tradiciones: un anciano os hablará del descubrimiento que ha hecho de la caverna de un encantador; otro conoce exactamente el sitio del castillo de acero, que servia de cárcel á Gradasse; y el lugar en que Rolando se batió con Ferragus. Al oír las relaciones de aquellas gentes, estáse á punto de creer que el Ariosto compuso su *Rolando furioso* segun los antiguos romances de los trovadores.

Aquellos dichosos montañeses no tienen deseo que no puedan satisfacer: ni hay entre ellos señores ni criados, superiores, ni subordinados. Son bien formados y tienen un semblante espresivo, fresco y lleno de vida, un andar ligero y desembarazado, haciendo resaltar las bellas proporciones de su talla su traje, el cual ordinariamente consiste en una chupa corta y sin mangas, y en un virrete color escarlata con que cubren su espesa cabellera. Tienen todas sus costumbres algo de antiguo, de pintoresco que hierre vivamente la imaginación. Contribuyen á prestar atractivo á aquellas montañas sus cantos, romances pastorales en dialecto bearnés, dulces y sencillos como su vida y que cantan acompañándose con una especie de arpa de dos cuerdas.

Sin embargo de que el camino que conduce á lo alto del pico no ofrece peligros ni dificultades, no deja de ser fatigoso para los que no están acostumbrados á trepar por altas montañas, y si se llega sin muchos esfuerzos hasta el valle de Couret, cuesta mucho mas trabajo alcanzar el lago de Oncet, desde el cual hasta el extremo del pico hay todavía 330 toesas. Quedaría desconcertado quien creyese gozar en este punto de una vista muy dilatada, pues si bien es cierto que por una parte véñese huir en lontananza las soberbias campiñas del Bearn y del Languedoc, orladas de colinas, por la otra estrechan el horizonte picos muy altos que se elevan en anfiteatro. Solo el deseo de estudiar la estructura de los Pirineos puede determinar al artista á traspasar aquellas barreras colcadas por la naturaleza; fijos los ojos en el desenvolvimiento pintoresco de las montañas y en el valle de Gavarnie, que ocultan blanquicos vapores, y del cual multitud de cimas parecen salir como de un océano sin límites, busca en vano á su alrededor asuntos propios á sus trabajos. Todo se toca y confunde; ni un solo objeto sobre el cual pueda reposar la vista, nada que no lo hayan hecho bambolear los siglos, ni una forma que haya el tiempo respetado. Si al alcanzar las alturas no se eleva la imaginación por un instante sobre nosotros mismos, el aspecto de los abismos y de las simas, la desnudez, el desorden de los montes amontonados por todas partes, pronto nos vuelven á sumergir en la nada de nuestro ser; late el corazón con violencia, tórbase la vista, la disposición del alma conmovida pónese luego en relación con la profunda melancolía del cuadro cuya influencia quisérase sacudir, las ingeniosas ficciones de Ariosto desaparecen ante las realidades, y consérvese apenas el poder de admirar.

Nadie en otro tiempo permanecía en Bareges durante el invierno, y sus habitantes se retiraban á Luz ó á las diez y siete aldeas esparcidas por el valle; mas desde que los médicos envían á los enfermos para que pasen en ella el invierno, quédanse por mas rigoroso que este sea. En invierno los lobos bajan de los Pirineos en innumerables manadas, y penetran en las habitaciones de los hombres, quienes tienen un medio muy sencillo de garantizarse de sus ataques, y consiste en no salir jamás sin ir provistos de un pequeño palo de madera resinosa encendido, cuya llama chisporroteante impone respeto á aquellos vigilantes huéspedes. Si durante el día se en-



cuentra á alguno en la calle, se le disparan denodadamente fusilazos desde las ventanas; es sin embargo muy cuerdo no salir de noche, pues en ella acuden en mayor número. El cura de Abae, pequeña aldea situada en las montañas, junto á Eaux-Bonnes, volviendo una noche de administrar el viático á un moribundo, vióse atacado hace algunos años, por lobos hambrientos, que le devoraron á él y á su caballo. A días siguiente encontraron sobre la nieve algunos trozos de su sotana, rastros de sangre, y huesos de caballo. Fué igualmente presa de aquellos terribles animales un pobre ermitaño de los alrededores. En una batalla general verificada por orden del prefecto de los altos Pirineos no se mataron menos de quinientos; y sin embargo, algunos días despues apenas se conocia que hubiese disminuido su número. Lo que al acercarse á Bañeres afecta de un modo triste, es el espectáculo de militares ó de otros individuos, franceses y extranjeros, que mutilados paséanse cojeando, ó con el brazo en cabestrillo con aire triste y valetudinario por la carretera, esperando la hora de ser admitidos en los baños que deben aliviar sus sufrimientos y procurar su curacion. Las aguas termales de este lugar son sobre todo soberanas para las heridas y llagas de armas de fuego; por lo cual háse establecido un hospicio con la reunion de varios edificios, donde son hospedados y cuidados, á costa del gobierno, los militares franceses. Gracias á la disposicion interior de la casa de baños, y á la estension que cada dia va adquiriendo, mas de mil quinientos enfermos pueden todos los años aprovecharse de los conocidos beneficios de aquel manantial, uno de los mas saludables de la comarca.

Aquí dejamos por hoy la pluma y el Pirineo, para dar lugar al siguiente artículo que nos han remitido, relativo al mismo objeto.

## BAÑOS SULFUROSOS

### DE ONTANEDA.

Muy pocas personas nacionales, dejarán de tener conocimiento de estos maravillosos baños, situados en la provincia de Santander y en su hermoso y ameno valle de Toranzo. Su posicion topográfica, obliga al viajero de buen gusto á detenerse para contemplar una de las mas bellas producciones de la naturaleza. La villa de Ontaneda ocupa el centro de tan pintoresco valle. La dulzura de su temperamento aun en los meses que el sol se encuentra mas próximo al trópico de Cáncer; las verdosas colinas que la circundan, de las que se desprenden con bastante generalidad arroyuelos de agua transparente que vienen á depositarse en el río que baña todo el valle, conocido bajo el nombre de río Pas; la deliciosa acogida que proporciona la sombra de los frondosos castaños y nogales; el aromático y libre ambiente que se respira, junto con la libertad de que uno goza en estos sitios, es la razon porque muchas personas bien acomodadas se trasladan á este sitio tres ó cuatro meses del verano sin adolecer de enfermedad alguna.

Este era el parage donde yacian en el mas completo abandono unas aguas que tantos y tan grandiosos bienes habian de producir á la humanidad doliente. La señora viuda del desgraciado Bustamante y Guerra, fué la destinada á utilizar un manantial, que segun la esperiencia y el análisis químico hecho á sus instancias por tres facultativos, sería el mejor antidoto para multitud de enfermedades crónicas de alta consideracion, que han sido vanamente tratadas hasta el dia por todos los otros dife-

rentes medios que proporcionan los adelantos de la medicina.

El año 1833 construyó dicha señora sobre el mismo manantial, un vistoso edificio adornando su exterior con un bonito parque-jardin. A medida que se iba propagando la voz de sus prodigiosas curas, sufría un aumento considerable el número de concurrentes, y resultaba de esto, en particular los últimos años, que se llenaba el establecimiento á lo mejor de las temporadas, teniendo las personas que llegaban anhelosas en busca de su perdida salud, que acogerse bajo un techo cualesquiera, bien fuese en el parador que hay en la villa, ó en algunas otras casas particulares que se han dedicado á este tráfico, vista la grande afluencia de gentes en semejantes temporadas, y la poca capacidad del establecimiento. Nunca podian quedar de este modo satisfechos los enfermos mas tardios; tanto porque el efecto producido por los baños se hace indudablemente mas lento no siguiendo el plan facultativo despues de recibirlo, que consiste en su principal parte en abrigarse bien, cosa que les es casi imposible cumplir teniendo que salir fuera al momento ó permanecer en las galerías; como por tener quizá que interrumpir el curso de los baños á causa de un temporal que imposibilite al paciente llegarse al establecimiento.

He tenido ocasion de permanecer en estos baños una larga temporada, y la satisfaccion de saber que todos estos no pequeños defectos, deben desaparecer para en el presente año de 43. También he recogido todos los datos posibles tanto del orden de la casa como de sus aguas; y he visto con placer que muy pronto nada tendremos que envidiar á sus semejantes en el extranjero.

En la actualidad se ocupa la señora dueña en levantar otro edificio contiguo á los mismos baños y que se comunicará con estos por medio de una espaciosa galeria de cristales. En este nuevo local, ademas de encontrar el público cómodas habitaciones, habrá, segun tengo entendido, un magnífico salon de baile con su forte-piano, donde podrán valsar á la vez mas de cien parejas; una espaciosa sala con su juego de villar, y piezas adyacentes para tresillo, lecartee ect. y un bonito oratorio. Podrán tambien aquellas personas de olfato mas esquisito, no recibir el poco agradable olor que despide el gas ácido hidro-sulfúrico y que molesta á los primeros días. A la cabeza de la fonda se encuentra un buen repostero, y la servidumbre es muy esmerada. Los baños son todos de mármol, excepto dos grandes de madera que reciben el agua del mismo manantial para aquellos que necesitan tomarlos en su natural temperatura.

Para analizar las aguas, operaron en 271 pulgadas cúbicas, y vieron contenian 77,429 de hidro-clorato de magnesia: 64,838 de hidro-clorato de sosa: 46,334 de sulfato de sosa: 63,892 de sulfato de cal: 3,614 de sub-carbonato magnesia: 4,937 de sub-carbonato de cal: 2,819 de sílice: 3,117 de pérdida y los gases ácido hidro-sulfúrico y ácido carbónico; el primero en cantidad de 9,31 y el segundo de 9,29. La temperatura es de 28,5 del termómetro centígrado. Su peso específico á una temperatura atmosférica de 17,5 del mismo termómetro y á la presión barométrica de 26 pulgadas, es 1,003 comparada con el agua destilada.

Ha cabido la suerte á este establecimiento, de poder disponer de el acreditado facultativo don Juan Mata y Herrero, experimentado en el género de enfermedades que se curan en él, tanto por ser el único que durante su existencia ha dirigido á cuantos enfermos han llegado, como por sus conocimientos en las ciencias médicas.

El genio de la moda, que ni aun las uñas ha dejado en paz, ha entrado tambien en estas casas y ha hecho de ellas á mas del objeto principal á que están destinadas, un punto de solaz y recreo. Para esto con dificultad pudiera hallarse otro alguno que prometiese tanto. Desde el mismo Ontaneda se divisan en su derredor mas de doce ó ca-



torce pueblecitos. No hay día festivo en aquellos meses que no tengan consagrado á celebrar el aniversario de algun santo ó patrono. En estos días se vé llegar á el pueblo en que se celebra la feria todas las gentes de los inmediatos, además de otras muchas que vienen del mismo Santander y pueblos mas distantes. El golpe de vista que presenta tanta gente reunida en un parage elegido entre los mas pintorescos, los bailes, meriendas, juegos de sortija y gallos, hace olvidar en aquellos ins-

tantes las grandes capitales con todos sus objetos de distraccion.

Aquí me detengo por no cansar mas á mis lectores. Concluyo animando á la señora dueña para que siga haciendo mejoras en el establecimiento, y asegurándola conservarán siempre muchos un grato recuerdo de los baños de Ontaneda

L. M. de V.



Baños de Ontaneda.

## ESTUDIOS RECREATIVOS.

### EL LOCO AMARO.

Por los años de 1670 y tantos, discurría por las calles de Sevilla un loco, célebre en aquella ciudad por sus gracias y sus chistes, y por sus ocurrencias singulares y extravagantes, y cuya memoria, despues de cerca de dos siglos, se conserva en la misma ciudad, en la que se refieren continuamente sus aventuras, sus anécdotas, sus sermones y las escenas grotescas á que daba lugar. Parece que este, llamado don Amaro Rodriguez, fué natural de Córdoba, ó como se cree mas probable de Arcos. Se decía en aquel tiempo que habia sido abogado; mas segun los disparates que decía cuando en sus sermones citaba algun testo latino, se infiere que no sabia la lengua latina, y que en vez de ser letrado, tendria cualquier otro empleo en la curia. Fué casado, y su locura provino de haber hallado á su muger en íntima correspondencia con un fraile, á lo que se atribuye la dureza con que trataba á estos, siempre que se le ofrecia ocasion oportuna.

De sus sermones se colige que el arzobispo de Sevilla lo favorecia y protegía, y que se complacia en oír aquellos. Con motivo de las honras que se hicieron á este prelado despues de su muerte, quiso el loco Amaro manifestar su gratitud y dolor predicando un sermón en

que puso por testo estas oportunas palabras, *fluit amaré*. En otros sermones no se muestra muy satisfecho de otras personas y clases de aquella ciudad. Su conducta fué inofensiva, pues aunque alguna vez se irritaba con los muchachos y gente maligna que le incomodaban, y los amenazaba con alguna piedra que cogía de la calle, nunca llegaba el caso de arrojarla, contentándose con amenazas y meras demostraciones. Pobrisimo y miserable, sin mas ocupacion que la de vagar por las calles y plazas de aquella ciudad, y entretener y divertir á los transeúntes con sus raras ocurrencias, y con los sermones que con mucha gravedad predicaba, vivía solo de la limosna que le daban las personas que se reían de sus gracias. Compadecidos de él algunos sujetos distinguidos, le proporcionaron que entrase en la casa de locos de la referida ciudad, llamada de los Inocentes. Allí le permitían salir y andar suelto por las calles con una demanda en la que recogía las limosnas que le daban para aquel establecimiento de caridad. Juntaba muchas por la fama de sus predicaciones, por la numerosa concurrencia que estas atraían, y por la multitud de gentes que á todas partes le seguía.

Un día estuvo su esposa á visitarle en la casa de los locos: no la conocía; mas porfiando esta para que cayese en quien era, la dijo al fin, despues de haberla estado mirando atentamente, y hallándola ya calva y arrugada..... «¿cómo te habia de conocer, si te dejé ciruela de



fraile, y ahora te encuentro castaña pilonga?» Al arzobispo que á la sazón edificaba su magnífico palacio y le preguntaba qué le parecía le respondió: «que V. S. Ilma. es al revés de Jesucristo: él convertía las piedras en pan, y V. S. Ilma. el pan en piedras.»

La viveza de su ingenio era extraordinaria, y tenía el don singular de hallar analogía entre las ideas más distintas ó opuestas. Para esto tomaba ocasión algunas veces del mero sonido de las palabras que interpretaba á su manera, ó ya se valía de citas oportunas, aunque estropeadas, de los sagrados textos. Como sus sermones los repetía muchas veces, no faltaron personas que los conservasen en la memoria, y los copiasen: estas copias estaban hechas con mucha fidelidad y á la letra, pues no es posible que nadie fuese capaz de imitar á tal punto el estilo, las palabras, las citas, las salidas tan raras é inopinadas de un verdadero loco. Entonces no se conocían taquígrafos en aquella ciudad ni en España, ni habían nacido Martí, ni Jaramillo, y por consiguiente las muchas copias que circulaban por aquel tiempo, y que todas estaban entre sí contestes, no pudieron sacarse sino por medio de la memoria: por lo mismo creemos que sería mucho mayor el número de los sermones que predicaba, y que los que se conservan no estarán completos, pues su corta extensión indica que están reducidos únicamente á aquellos pensamientos más raros, más graciosos ó más extravagantes que pudieron retener las personas curiosas que los oían. Generalmente los locos no son nada precisos ni lacónicos. Como se multiplicaban de tal modo las copias, y en los sermones de Amaro se echaba de ver una manía constante contra los frailes, fueron prohibidos por la Inquisición, aunque no fueron nunca objeto de persecución, ni de pesquisas y denuncias. Los mismos inquisidores, los mismos frailes, las personas más timoratas los leían y celebraban á solas y en reuniones privadas, sin temor de incurrir en alguna censura. Sugetos afectísimos á los frailes y al Santo Oficio, lloraban de risa con los despropósitos de Amaro en los sermones de S. Fernando, del día de Ramos, y de la venida del Espíritu Santo, á pesar de que en ellos aparecen, no diré ridiculizados, sino tratados menos santamente, los sagrados misterios, y con más crueldad zaheridos los clérigos y los frailes. ¿Qué inquisidor por más severo que fuese no se reiría con la aplicación del texto: *semper coletemur* al coletero Gregorio Perez para disuadirle de que dejase la tienda en que se había enriquecido? ¿Con la sagacidad con que supne que nuestro Señor Jesucristo, tentado por el diablo, el cual le ofrecía los reinos de la tierra, entre ellos á Camas y á Gandul, pueblecillos inmediatos á Sevilla, le pidió la plaza de San Francisco, seguro de que no se la podía conceder por ser mayorazgo del mismo Satanás? Sabido es, y ya se dice en el sermón, que en aquella plaza tienen sus oficios ó despachos los escribanos y procuradores.

Parece que en uno de los libros de entradas de la casa de locos de Sevilla se lee la nota siguiente: «En 29 de octubre de 1681 años, entró en esta casa de los Inocentes, Amaro Rodriguez, vecino de Arcos; no trajo más ropa que la que tenía puesta; sin capa. En 25 días del mes de abril de 1685 murió el contenido arriba Amaro Rodriguez, y se enterró en la parroquia del Sr. S. Marcos.»

#### Sermon á los señores cuyos oficios están en la plaza de San Francisco.

Quiso el demonio tentar al redentor de las almas, mi querido Jesus, y llevóle á lo alto de un monte: desde allí le enseñó el río, el alcázar, el mar, la huerta del rey, el paraíso, S. Bernardo, calle Tintoreros, y todas las ciudades y reinos del mundo con las riquezas que en él hay; y como si todo fuera suyo se lo ofrecía si le adoraba: *omnia tibi dabo si adorabis me*. Ofrecióle pron-

tamente á Nápoles, á Gandul, Sevilla, Camas, Ecija, y Dos-Hermanas: ofrecióle jardines, templos, calles, plazas y palacios: todo esto te daré, le dice, si me adoras; y Jesucristo que sabía más que el diablo, le dijo: ¿todo cuanto veo me darás si te adoro? Si señor, respondió él, todo lo dare: ea pues, le dice Cristo, dame la plaza de San Francisco con todos sus escribanos: hallóse cogido el maldito, y respondió: todo lo daré pero la dehesa de los Gatos, no puede ser, que es patrimonio y mayorazgo mío y no lo puedo enagenar: conque se acabó el concierto, que bien lo dice mi padre S. Pedro: *Galís meis á mé impossibilis, Deus*.

¿Qué será la causa, que estando el mundo tan perdido, como bajó el hijo de Dios á redimirlo, no baje ahora el Eterno Padre á repararle? Mirad cristianos; estaba el Eterno Padre, cuando la pasión de su hijo, asomado á un balcon del cielo, y vió que los judíos le prendían, le abofeteaban, le azotaban, le coronaban de espinas, le crucificaban; y viendo que siendo mozo de valor, de solos 33 años, no podía escaparse ni verse libre de ellos, dijo el Padre eterno: ¿cuerno! ¿Si con mi hijo unigénito, que es un mozo, hacen esto, conmigo que soy un pobre viejo qué harían? ¿Si con el árbol verde hacen esto, con el seco que será? No me cogereis por allá, perros judíos; *noli me tangeri* no me pescareis el coleteo.

#### De honras al señor don Ambrosio de Espinola.

¡Hay tal dolor! ¡Qué haya yo de ser el predicador este día! ¿No fuera mejor para mí y para el difunto rezar un rosario que predicar? ¿No acaba de predicar un padre teatino? ¿Pues para qué predico yo? Por eso mismo, porque el provisor fué á convidar á un fraile teatino, sabiendo que yo estaba en el mundo, y cuanto me quería el difunto y que le quería yo más que todos los teatinos. A mí, á mí me toca por compañero; á mí, á mí me toca por amigo; á mí me toca por capitán general; á mí me toca por predicador apostólico; á mí me toca por cardenal de Santa Cristina; á mí me toca por caballero conocido en toda España con el hábito de mi patron Santiago; y porque soy la viuda huérfana, que debo llorar la muerte de mi querido Sr. don Ambrosio de Espinola y Guzman, arzobispo de esta ciudad. Preguntará mi auditorio: ¿por qué te toca á tí, don Amaro, predicar, si el señor provisor convidó á un teatino? Y preguntará muy bien; mas le responderé brevemente: son los obreros de la viña del Señor, quiero decir, los dueños y los predicadores apostólicos como yo; los lagareros que estrujamos la uva; *vinan meam*, que dijo mi padre San Pedro en su capítulo 25. Pedro, Pedro ¿qué dices? *vinan meam*. ¿Pues es tuya la viña? ¿No ves que es del Señor que la plantó? Mía es, dijo mi querido Pedro; que á mí me han entregado las llaves de su bodega (asi me las entregará á mí Julian de Matos): *dabo tibi claves*.

No se dice de otro apóstol que llorase: llore, pues, Pedro, que es la perfecta viuda á quien le queda el mando y gobierno de la casa: *fleuit amare*: llore Amaro, a quien el señor arzobispo le dejó encomendado su arzobispado: no lloren el provisor ni los teatinos; si no es que digamos que estos lloran porque se les acabó la candelilla.

Dije que éramos los predicadores apostólicos lagareros. ¿Qué hace el lagarero? ¿Qué? Estrujar la uva y hacerla llorar de lo íntimo de su corazón hasta largar el pellejo: llorad pues; será cornudo el que no llorare la muerte de tan santo prelado, y mas cuando yo predico. Llorad, cristianas ovejas, la muerte de vuestro pastor: lloren los canónigos y eclesiásticos, que se les murió su cabeza: lloren las viejas que se les acabó el pan: lloren los pobres que no hay cuarto: lloren los niños que ya no tienen quien los vista: y llore Amaro, *fleuit amare*: llorad, cornudos, como yo lloro, *fleuit amare*: ya llora Amaro



y con sus lastimosas voces os estruja como racimos de esta viña: lloren los frailes que les faltan misas; y lloren los teatinos que les falta el chocolate; y llore Amaro, *flevit amaré*, y toda mi casa, que nos daba muy buenos carneros: lloren todos, pues á todos falta; y llorad, cornudos, mas duros que un bronce, no una lagrimita, sino por cuartillos ó por arrobas, que así llora la uva en el lagar *vinam meam flevit amaré*.... Acabé.

Dos avemarias encargo por los padres teatinos, que tienen mas necesidad que su ilustrísima; que el señor arzobispo era un santo, y á los padres se les acabó la Góngora.

#### Del día del Espíritu Santo.

Si yo no esperara el primero, que mediante Dios he de conseguir el fin de mis trabajos, buena la hubiéramos hecho: Dios quiera que yo acabe de labrar la casa de mis hermanos inocentes, por quienes me veo en esta cadena como su patron y protector, aunque premiado del rey mi señor y mi primo con este hábito de mi patron el Sr. Santiago; y del papa mi señor con este bonete de cardenal de Santa Cristina: Dios quiera, vuelvo á decir, que yo acabe mi casa; que al punto tengo de ir á Roma y urdir una de todos los diablos; un concilio de Trento tengo de hacer solo para quitar del mundo á don Julian de Cañas, y quitar la Pascua de Espíritu Santo este mes y ponerla por invierno: ya veo que preguntareis ¿por qué se ha de mudar este santo día que tantos años ha que cae en este mes? Yo os lo diré: acuérdomos que he almorzado en aquel tiempo la fruta del Espíritu Santo; mas en este mes solo almuerzo alegrías; que trae un cristiano la barriga como baina de habas: aquel si que es tiempo de Dios donde anda su fruta sobrada: visto está que me direis: ¿cuál es la fruta del Espíritu Santo? porque son muchos sus frutos: ¿no lo sabeis cristianos? Pues veis ahí la causa de poner en las cédulas de confesion, *sabe la doctrina cristiana*: porque es menester saber cuál es la fruta del Espíritu Santo, supuesto que en su pascua se encierra cumplir con la iglesia. Es fiel, mios, la fruta del Espíritu Santo *longanimitas*, *longaniza*, como lo dijo mi padre San Acasio, *longanimitas de spiritu meo*: á mi fé que si la pascua fuera por Todos Santos, por enero ó por febrero (que á todas horas se come *longaniza*) que todos supieran que la *longaniza* es la fruta del Espíritu Santo, como lo cantan los PP. de la compañía por esas calles, y se lo enseño mi P. San Ignacio; pues los PP. de la compañía no saben lo que se predicán, pues sacan la doctrina en cuaresma, que no se vé una *longaniza* por un ojo: pues PP. mios mas días hay que *longanizas*; algun día se lo pedirán en cuenta y verán que en la cuaresma no es tiempo de *longaniza*, y yo digo que debe ser por el invierno la Pascua del Espíritu Santo pues tan abundante anda en él su fruta.

¡Gran testo fieles, y fieles mias, ¿Por qué causa el Espíritu Santo no bajó luego que Cristo subió á los cielos siendo así que dijo su Magestad, yo me voy con mi padre, ya enviaré luego al Espíritu Santo? ¿La palabra de Dios puede faltar? No por cierto, pues los apóstoles que habian oído á Cristo y veían que el Espíritu Santo no bajaba, ¿qué dirían? Diez días se tardó en liar el fardo, y los apóstoles aguarda que te aguarda. Yo bien sé que Dios lo dijo y que su palabra no puede faltar, ni volver atrás; mas tambien veo que el Espíritu Santo no viene; todos son muy honrados, soleis decir, y mi capa no parece, ¿Por qué no viene, si Dios lo dijo? ¿Por qué no baja, si Dios lo promete? Es menester mas que decir Dios una cosa para que sea? *Fiat voluntas tua*, dijo, *et factus sum*; que dijo allá mi señora de los Remedios en su capítulo 25; al punto que Dios lo dijo se hace todo y.... si me bajo de aquí, perro, judío, cornudo, escomulgado por la bula de la cena.... contigo hablo, cualquiera que toca el almirez.... si me bajo de aquí, Dios

dijo lo que será; que han de andar listas las armas de S. Esteban.... Prosigo.

¿Pues por qué no vino el Espíritu Santo al punto que Cristo subió á los cielos? ¿Por qué? Yo os lo diré: fué Cristo nuestro señor al cielo, y cuando el P. Eterno fué á darle la bienvenida, le dijo: padre mio, yo he prometido que vaya al mundo el Espíritu Santo luego al punto; y así cuando me venga á ver, como que sale de vd. mándele que vaya para que mi palabra se cumpla: sea en buen hora, dijo el padre, hagase como tú lo mandas. Ven ustedes aquí que llega el Espíritu Santo, muy ignorante de la trampa que le tenían armada entre los dos Padre é Hijo; que entre dos muelas gordales nadie meta sus pulgares, y el P. Eterno muy sereno le dice: luego al punto os habeis de llegar al mundo, que así conviene: dijo el Espíritu Santo ¿pues no hay mas que ir al mundo con esa prisa? Si; no me repliqueis que mi hijo ha dado su palabra y se ha de cumplir: replicó el Espíritu Santo ¿pues tan bien le ha ido á su hijo de vd. para que yo haga lo que dijo? Si dió su palabra, que la cumpla; que eso fué hacer la cuenta sin la huésped; pues le han puesto que no le conoce la madre que le parió, como todos sabemos, y aun todavía no se ha curado de las cinco llagas, ¿y yo habia de arrojarme á que hicieran conmigo lo mismo? Eso no, guarda acá negro; que no ha de parir mi madre otro Espíritu Santo. Con esta contienda pasaron días hasta que se dió un buen corte y fué decir: Señor, si tengo de ir, ha de ser dando un trueno muy espantoso que los asombre y en lenguas de fuego que los queme, si me quisieren hacer mal, y en forma de paloma, que si me quieren prender, los burle y me escape de sus uñas volando: si así quiere vd. ire: dijo el padre: sea así: *ipse dixit et factus sum*; y veis aquí la tardanza que hay de la Ascension al día de Espíritu Santo.

#### Del día de San Fernando.

Hoy que es día del santo rey S. Fernando, mi señor cuyo capitan general soy, me toca predicar en estas gradas, donde el santo rey mató mas moros que hojas de lechuguino lleva aquel caballo: sabe el perro moro que ya murió el santo rey, que á mi fé, que si no hubiera traidores en España que se lo avisaran, el perro traidor cornudo no se atreveria á dar batalla al emperador contra la cristiandad; que temblaba el pobrete como un azogado en oyendo decir, *Fernandus regis*. Traidores infames, ¿porqué le avisais al turco y al moro la muerte de Fernando? ¿juzgais que habeis hecho alguna obra de misericordia? Pues mejor fuera haberse metido fraile el soplon que le avisó, que á lo menos ya estuviera quieto y recogido. Veis aquí clara la causa de haber tantos frailes en España: esta es la causa de estar España perdida: tantos frailes á comer y tan pocos á pelear: que con que tuviera cada convento una docena de frailes y dos compañías de soldados, todos los moros y franceses, (que todos son unos) temblarían de los españoles. ¿Veis aquel muchacho que roe aquella mazorca? Pues haced cuenta que veis los soldados del rey de España: los frailes á comer perdices y los soldados á roer mazorcas. Pues á fé, frailes cornudos, que si viene el moro, habeis de andar á una noria, que ya no hay espadas de Fernando que os defiendan: roe, cornudo, esa mazorca: que te diera con un guijarro en los dientes por la pesadumbre que me has dado: y vosotros, frailes, (con todos hablo) roer pechugas de perdices y conejos que algun día roereis los cuernos de vuestros padres: ahora tengo de escribir al pontífice, que haga un ejército de frailes y los envíe á la guerra sagrada, y allá nos veremos, que como venga el buleto, yo iré por vuestro general y os ajustaré la golilla: yo quiero mucho á San Pedro Nolasco y á San Agustín mi padre; pero á sus frailes, ballestazos.

Estaba el santo rey en el campo de batalla, pasando



muchos trabajos, ¿y los frailes? en la ciudad con fiestas y regocijos y el santo daba voces, *Santiago* y á ellos, y los frailes y los moros decían: *Mahoma* y á ellos, que de aquellos no hay que fiar; que con los moros, moros, y con los cristianos, cristianos. Levantaba el alférez mayor de la ciudad el estandarte de Fernando (¡qué honrado que está el hecho doscientos pedazos!) y al punto los moros muertos de miedo se arrodillaban pidiendo por la virgen de los Reyes, que no los matasen, y el santo rey respondía: ¿cómo es eso? No conozco mas virgen de los Reyes que mi espada: los mandaba atar de manos y los desollaba como á San Bartolomé: ¡este sí que era buen rey! que apuraba el pulgon á las viñas: ¿qué pensais son los frailes y los moros? un pulgon que nos destruye las viñas: no lo bebo, no lo bebo, mas échamelo en el caldero. ¿Qué pensais que sería ver el campo de Tablada lleno de perrós muertos? Yo apuesto que sería menester quemar romero por el olor.

Salió el rey moro con un manto real arrastrando, que era perro de falda, y en una fuente de plata, entregó las llaves de la ciudad al santo rey: cogióle el santo por un bigote, y Garci-Perez de Vargas (mi pariente) por otro, y le dieron de cabezadas contra las tapias de San Diego, porque se detuvo en entregar la ciudad. Llegó el Cid Ruiz Díaz y se lo quitó de las manos, y por su respeto no le hicieron tajadas. (Aquí vereis el caso que se hizo de mi carta en Roma) ¿Qué pensais que hizo el moro? Se metió fraile y se volvió cristiano en la matriz, como lo vereis pintado en sus claustros, que despues del perro hart de carne, se metió fraile.

Entró el rey santo en Sevilla, repicó la torre, y él mismo llevó la espada el día de San Clemente en la procesion, como lo tiene tomado por testimonio el Ilmo. cabildo, y el señor don Ambrosio de Espinola, mi arzobispo: dieron las gracias á nuestra señore de la Antigua, como lo dice cap. 25, San Pedro Nolasco: *laudate finibus torre Dei*; porque de su mano vino esta victoria, y acabóse el sermón, la batalla y la procesion: ¿y los frailes se acabaron? No por cierto, que los frailes son como los tomates, que despues de comidos y ca... vuelven á nacer de cada pepita un tomate: los frailes son como las monas, que por no trabajar no hablan, y ellos se meten frailes por no ir á la guerra.

#### Al día de Ramos.

Hoy entró mi querido Jesus triunfante en Jerusalem, dándose á conocer á todo aquel grande pueblo de Dios por su padre y Señor, y dice mi padre San Pedro, que el carro triunfal fué un asno: cierto que á no decirlo un testigo de vista de tantas canas, era cosa de cortarle una oreja al que lo dijera: ¿pues le faltó mi coche? ¿Una carroza ó una calesa, ó un buen caballo andaluz regalado con que hacer la entrada? No por cierto: enviáralo á pedir al hermano mayor de la maestranza, y le sobraran coches, carrozas y caballos: *jumenta intrabit*: otra letra *jumenta salvabit*, en una jumenta ha de entrar (¡Qué buena doc-

trina sacará del sermón aquel chulo que me está sacando la lengua! Aquí está la caja, cornudo de primera clase).

Allá en la Apocalipsi, dice mi padre San Diego que iba el profeta Balaam en una burra, huyendo de hacer lo que Dios le mandaba, y que la burra le respondió. Pues no éntre Jesucristo en coche ni en carroza, éntre en burra: porque si las burras saben mejor que el profeta, y o edecen los preceptos de Dios, merecen tener la gloria de llevar á su magestad en triunfo: *jumenta intravit Domine*. ¿Y qué silla ó qué jaez pusieron á esta venerable burra, nieta de la de Balaam, para que hiciese la entrada este día? El mejor que pudo ser: San Pedro cogió su manto, y doblándolo hizo un coginete á su maestro: ¡Válgame Dios y á cuántos asnos cubre la capa de San Pedro! ¿Cuántos de los que me escuchan, si los escuchamos con atencion, los oiremos rebuznar! Pues, hijos míos, estudiad y ser predicadores como yo y como la burra de Balaam, y sereis asnos de ciento en recua. Cada día me decís: señor don Amaro, prediquenos un sermón: pues cornudos, si Amaro lo ha de hacer todo, regalarlo ya que no sabeis predicar.

Una avemaria por aquel chulo que ha estado haciendo burla de la palabra de Dios; que le dé una vuelta un toro en el matadero.... aguarda, colegial de la gandinga, y te abriré la corona con una almendra de las cinco de David: aguarda que allá voy.

#### A Gregorio Perez, habiendo quitado su tienda de coletero.

Dime Gregorio, ¿qué es lo que haces? ¿La tienda de coletero que hasta ahora te ha sustentado, quitas? Pues la yerras miserablemente, ¿con qué has traído á tu mujer como una reina? con los coletos: tantos criados y esclavos como te sirven, ¿con qué los has tenido? con los coletos. El porte de tu casa como si fuera de un príncipe, ¿con qué lo has sustentado? con los coletos. La persona bien sustentada, regalada y vestida, ¿con qué lo ha sido? Con los coletos. Pues mira lo que te digo: quitas la tienda, has de perecer: nuestra madre la iglesia lo canta y lo dice: *Semper coletemur*, siempre coletero. Haz lo que te digo y ríete de gravidades, que no hay hombre mas estimado que el que tiene lo que ha menester sin pedirlo prestado: *Semper coletemur*, siempre coletero; y de no hacerlo lo yerras.

No necesitamos prevenir á nuestros lectores, que estos sermones ó fragmentos de ellos, como mas bien los creemos, no deben ser juzgados como obras de elocuencia, sino como sermones de un loco, que ni habia cultivado las letras ni nunca habia sido predicador, y en los que solo hay que admirar su fácil espresion, la agudeza de su ingenio, y la originalidad de sus chistes, como habrán podido observar los lectores en los que hemos citado entre treinta y nueve que tenemos á la vista.

ANAYA.

## ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

### Mas allá de las islas Filipinas.

Hallábanse reunidas cierto día en una casa de Madrid, de las que llaman del buen tono, diez ó doce personas de ambos sexos, y de diversas edades y condiciones: la conversacion era languida y escasa, pero en cambio los hostezos eran frecuentes y sonoros, y el fastidio se habia apoderado tiránicamente y á manera de contagio de todos

los circunstantes. Tales eran estos, que parecían como combinados adrede para estorbarse unos á otros é infundirse recíprocamente tedio, encogimiento, reserva, y mal humor, cosa tan rara en la sociedad, que sucedecada y cuando el número de los asociados llega á tres, y salvas muy raras escepciones. Digo, pues, que en la reunion citada reinaba la mas solemne taciturnidad: pero ¿de qué se habia de hablar? Del tiempo! Ya estaba agotada la conversacion: doña Antonia, viuda de un general de marina



de la época en que teníamos armada (época que de puro histórica empieza ya á ser fabulosa) había dicho que hacía fresco, á lo cual había contestado doña Teresita, (hija de uno de estos que comercian comprando sin dinero y vendiendo lo que no tienen) que ella al contrario sentía mucho calor, y que por tomar el aire un poco había salido en carretela abierta, no obstante que su berlina nueva tenía mucho mejor movimiento. El ama de la casa, la marquesa de Canalancho, por hacerse la amable había contestado á la viuda, que en efecto hacía frío, y á la soltera que en efecto hacía calor. Este no satisfizo á la generala vieja, quien picada de la contradicción se volvió á su vecino para decirle al oído: «esa monigota no tiene calor ni natural siquiera, pero lo dice por llevarme la contraria, y por contarnos que tiene á pares los carruages».

—Milagros de la bolsa! contestó también en voz baja don Tiburcio, presbítero esclaustrado, que había predicado sendos sermones contra la murmuración, allá en su convento de la Merced, de donde salió en julio de 1834. Pues como iba diciendo de mi cuento, agotada la conversación del tiempo, ¿de qué se había de hablar? De política?—Imposible, entre personas de tan diversas opiniones: el esclaustrado era carlista por ignorancia; la viuda, realista por tradición y afecta á Isabel en memoria de Fernando; un capitán de infantería que estaba presente era moderado por principio de disciplina; un joven barbudo que chichisveaba á la hija del bolsista, la echaba de republicano solo por parecerle que sentaban bien aquellas opiniones con aquellas barbas. Los demás concurrentes eran: un francés que había venido á estudiar nuestra revolución y cada día la entendía menos; un di lómico que jamás había dicho su sentir en materia alguna, y jamás rezaba el credo por juzgar aghena de su carrera, profesion de fé tan explicita; tres ó cuatro personas indiferentes en materia de opiniones, y por último la señora de la casa que las había tenido todas sucesivamente como el marqués su marido, salvo que en serie encontrada, por tener el gusto de irle siempre haciendo la oposición.

Pues, señor, ¿de qué se habla donde la conversación del tiempo y la de la política son ya imposibles? ¿De teatros? Ya todos habían dado su parecer sobre cada uno de los individuos de la compañía de ópera, y en las opiniones hubo la conformidad que suele en una junta de médicos que aspiran á la cabecera de un millonario; y eso que ninguno de los que hablaron de la tal ópera entendía de música una jota. Se preguntó en seguida por el éxito de la comedia nueva; nadie la había visto mas que el republicano de las barbas, el cual dijo que el pensamiento era *sublime*, la versificación *magnífica*; en cuanto á la ejecución que Romea había estado *inimitable*, su muger *inimitable*, su hermano *inimitable*, Latorre *inimitable*, Guzman *inimitable*, la Tablares *inimitable*, Sobrado *inimitable*, el apuntador *inimitable*, y mas *inimitable* que todos un perro de aguas que salió acaso ladrando entre bastidores. Con tan juiciosa y razonada crítica se agotó también la conversación de teatros, y volvió á su normal estupor la concurrencia.

Bien intentó el capitán animarla poniendo en el telar las personalidades, y sacando á plaza flaquezas del prógimo; llevaba desollados media docena de individuos, é iba haciendo mas riza en la honra aghena que jamás se le vió hacer en los batallones enemigos (y eso que tenía tres cruces de S. Fernando) cuando el cura, que antes había murmurado de los bolsistas, empezó á apuntar algunas reflexiones contra la murmuración, y la marquesa dijo que en su casa no gustaba de oír criticar á nadie, y menos de señoras, porque cualquiera podía tener sus debilidades, y que hoy por ti y mañana por mí, ella creía que todas las mugeres estaban en obligación de defenderse. Amoscóse el capitán, y calló, y calló la marquesa, y callaron todos, y volvieron los bostezos, y el tedio y el mal humor, y con todo nadie se iba, y todas aquellas

personas seguían juntas, y seguían recíprocamente molestándose: tales son los instintos sociales del hombre que superan á los resabios antisociales engendrados por la misma sociedad.

En esto se abrió la puerta y entró un nuevo personaje: á su vista todos los semblantes se cambiaron, todos los rostros se tiñeron de un risueño colorido. Era el que tan feliz mudanza producía en la concurrencia, un hombre cano, de 50 años de edad, alto, grueso y bien proporcionado, fisonomía que demostraba á un mismo tiempo talento perspicaz, jovialidad, y carácter bondadoso; era conocido de todos y de todos estimado por sus buenas prendas, y en todas partes bien recibido por la amenidad y gracejo de su conversacion siempre agradable, instructiva siempre. Adelantóse con aire desembarazado, saludando á cada cual con un movimiento de cabeza, una mirada y un gesto diferentes, y llegándose á la marquesa la tomó la mano y se la estrechó con familiar cortesía, y afectuoso respeto; y después que se hubo informado con muy pocas palabras del estado de su salud, dejó el sombrero y se sentó en un lado.

—No vaya vd. á imitarnos quedándose también en silencio, le dijo entonces la marquesa.

—Señora, respondió don Lorenzo Esain, que así se llamaba el recién llegado, ¿he venido yo á interrumpir la conversacion?

—Si no la había, contestó la solterita.

—Pues meditemos un rato que también á veces aprovecha: el asunto de la conversacion ha de ser siempre sugerido por el curso de nuestras ideas, y no buscado adrede, porque en este caso no puede menos de resultar insípida.

—Yo pienso ahora todo lo contrario, dijo la marquesa.

—¿Cómo!

—Como quisiera que vd. divirtiese un poco á estas damas y á estos señores refiriéndonos algunas de las extrañas aventuras que le han ocurrido en sus largos viages.

—Este caballero ha viajado mucho? dijo la viuda. Pues no puede menos de tener cosas muy extrañas que contar; como mi marido el general que navegó tanto, y nos refería los sucesos mas peregrinos que nadie se puede imaginar.

—Ha estado vd. en la China? preguntó la joven de la carretela.

—De allá vengo, señorita.

—Los chinos serán hombres muy raros, observó el esclaustrado.

—No me lo han parecido mas que los extremeños ó que los granadinos, respondió don Lorenzo.

—Oh! repuso el republicano, eso permítame vd. que le diga que no puede ser. El hombre que vive bajo un gobierno despótico, sufre la influencia del yugo y modifica sus ideas y sus costumbres en términos que...

—Dejemos á don Lorenzo, interrumpió la marquesa, que nos explique las costumbres de esos países que ha recorrido que menos se parezcan al nuestro.

—Sí, dijo el interpelado, pues esténme vds. atentos.

Y tosiendo y escupiendo, y limpiándose el rostro con un pañuelo de rica seda de la India, mientras los oyentes acercaban sus sillas para rodearle, empezó á decir de esta manera:

Mas allá de las islas Filipinas hay una, que ni sé como se llama, ni me importa saberlo, donde es fama...

—Que jamás hubo casta de gallinas, dijo el capitán, aprovechando una de las pocas citas literarias de que podía darse por entendido.

—No señor, continuó don Lorenzo, no iba á decir eso: *donde es fama*, que los primeros europeos que llegaron fueron españoles. Españoles de aquellos valientes aventureros que en fines del siglo XV y principios del XVI, puestas las proas y las esperanzas hácia el occidente, se fueron tragando el mundo á toda prisa: demasiada



prisa, sin embargo, pues contentándose con llegar á esta isla, tomar posesion de ella á nombre del rey de Castilla, ponerle nombre de un santo, plantar en un vericuetto una cruz y una bandera, decir una misa sobre una peña, cambiar con los indios baratijas por provisiones, y con las indias lo que buena ó malamente pudieron, de nuevo se hicieron á la vela, siempre hácia occidente, y siempre con mas sed de aventuras, que con designios bien madurados de sólido interés y provecho efectivo para su patria.

Hoy dia la tal isla tiene un nombre inglés en lugar del nombre puesto por los españoles; una bandera inglesa que la destronado la bandera de Castilla; una capilla protestante en el parage donde se dijo la misa del ritual romano, un fuerte defendido por 800 soldados vestidos de encarnado, y una legion de misioneros que enseñan á leer la Biblia en inglés, y predicán el odio á la Francia; en cuanto á la España, primera descubridora de aquellos numerosos archipiélagos, ya ni aun odio hay para qué predicar.

—Y son bonitas las mugeres de esas islas? preguntó la hija del jugador de bolsa.

—No tan bonitas como vd.; pero las hay graciosas en extremo, y su ingenuidad y candor presta nuevo realce á sus graciosos semblantes.

—Y observó vd. allí costumbres muy raras? preguntó la marquesa.

—Muchas á lo menos que llamaron estraordinariamente mi atencion.

En primer lugar ví que hombres y mugeres andaban cómo cojeando, y todos de la pierna derecha precisamente.

—Y eso por qué?

—Por la falta de uso que hacen de ella. Tienen la singular creencia de que la pierna izquierda es como santa, sagrada, ó bendecida del cielo; y que al contrario la derecha es un miembro réprobo, instrumento de acciones villanas, y querido de los malos génios. Desde los primeros años acostumbran á los niños á no servirse de ella sino para movimientos puramente indispensables, de donde resulta tenerla todos como débil y entorpecida. Cuando un hombre se acerca á otro, y quiere hacerle alguna demostracion de amistad, le da un golpecito con el talon izquierdo en la pantorrilla izquierda; y por la inversa, si dos riñen acaso, la mayor humillacion que cada cual procura hacer á su adversario es sujetarle el cuello bajo la pierna derecha.

En sus danzas grotescas causa maravilla el ver los movimientos de agilidad y destreza que hacen con la pierna izquierda, con el pie izquierdo y aun con los dedos de él, al paso que la derecha permanece sin uso ni ejercicio, ni mas ni menos que si fuese de palo. La una la traen adornada con gargantillas de oro, y vistosos adornos de plumas de colores, la derecha nunca merece tales distinciones.

—Y de dónde han sacado esos bárbaros, preguntó el republicano de las barbas, que la naturaleza haya criado á las piernas con desigualdad de derechos y con menos aptitud y capacidad la una que la otra.

—De donde nosotros hemos sacado, satisizo con prontitud don Lorenzo, la preferencia que damos á la mano derecha sobre la izquierda.

Enmudeció el preopinante viéndose comparado tan justamente á aquellos ciudadanos isleños y el viajero continuó.

«Observé en aquellos naturales ceremonias en extremo ridiculas; por ejemplo, cuando uno ha pasado cierto tiempo sin ver á otro de su misma tribu, aunque le profese un odio entrañable, se cree obligado á ir á buscarle á su cabaña. Por el camino vá haciendo plegarias á Ticaguaguati, que es como si dijéramos el Génió ó el Dios de las entrevistas, y pidiéndole de todo corazon que aquel á quien vá á visitar no se halle en casa. El otro por su

parte, si de lejos columbra al visitador se escurre por donde puede ó se mete debajo de una estera, ó se tiende cuan largo es á la puerta de la cabaña fingiendo que duerme. Llega el que le viene á ver, y con la punta, de una caña, que trae en la mano, adornada de plumas le punza en varias partes del cuerpo hasta sacarle sangre; ceremonia que el otro aguanta prefiriendo el dolor de las picaduras á la importunidad de la visita.

—¿Y cuál es el objeto preguntó el esclaustrado de esas visitas tan indispensables, tan obligatorias, y que al mismo tiempo repugnan tanto al que las hace como al que las recibe?

—Yo no sé otra cosa, respondió don Lorenzo, sino que cuando absolutamente no las pueden evitar uno ni otro, ambos se ponen en cucullas frente á frente, y se pasan así horas y mas horas mirándose á la cara, sin chistar ni mistar; y solo de tiempo en tiempo se interrumpe el silencio por algunas palabras sueltas que vienen á componer un diálogo por el estilo que vds. van á oír.

—Hoy el sol nos envia su rayos mas abrasadores, dice el uno, y contesta el otro:

—Hoy son como fuego ardiente los rayos del sol.

—Ayer vi á tu padre y he observado que sobre sus cabellos blancos brilla la bendicion del cielo.

—Yo te agradezco que hayas visto la bendicion del cielo sobre las canas de mi padre.

—Cuántos hijos tienes?

—Cuatro.

—Ya lo sabia yo.

—Y tú?

—Siete.

—Tambien lo sabia yo.

—Esta cabaña en que tú te albergas es mas grande que la mia.

—La verdad está en tus lábios: tu cabaña es mas pequeña que mi cabaña.

Quando han pasado tres ó cuatro horas en conversacion tan interesante se separan con esta fórmula:

—Amigo, dice el visitador, cuando vine á verte el sol estaba encima de nuestras cabezas: ahora vá ya declinando á tomar su baño nocturno: voy á dejar tu compañía con el mismo pesar que la madre amorosa siente al separarse de sus hijuelos.

—Amigo, responde el visitado; cuando te vi acercarte á mi cabaña bendije á Ticaguaguati porque te traía á mi presencia y te saludé de lejos como la jóven desvelada sobre su lecho de hojas, saluda la venida del alba.

Con esto se separan; y uno y otro se quejan amargamente á Ticaguaguati de no haberles querido escusar la mortificacion de aquella entrevista: á esto añaden sendas imprecaciones contra el mismo á quien han dirigido frases tan afectuosas y alhagüeñas.

—Y luego decia vd., interrumpió la viuda, que los hombres de por allá y sus costumbres no eran mas estravagantes que los de nuestra tierra.

—Pues qué! repuso don Lorenzo, lo que acabo de contar es otra cosa que la copia exacta de lo que llamamos en España las visitas de cumplimiento?

—Ay! ay! ay! dijo la marquesa; me huele á pura invencion todo lo que está vd. diciendo; apostaria yo á que no hay tal isla, ni tal uso de la pierua izquierda, ni tal dios Ticaguaguati, ni tales visitas.

—Es verdad, añadió el esclaustrado: vea vd. como se rie don Lorenzo; sin duda ha querido burlarse de nosotros.

No señores, repndió este, mi intento ha sido solo distraer á vds. un rato y probarles que por muy estrañas que nos parezcan las costumbres de países remotos que nos relatan los viajeros, no son las nuestras menos ridiculas, y que tan raros son los caprichos de los hombres que se llaman cultos como los que habitan

Mas allá de las islas Filipinas,

EL ESTUDIANTE.



## HISTORIA NATURAL.

### EL PLATIDÁCTILO.

Existen en la naturaleza algunos seres inocentes y desgraciados, con quienes ha sido en extremo injusta, haciéndolos sin motivo objeto de odio y horror para hombres y animales; tales son, entre otros, ciertos lagartos pertenecientes á la familia de los *jeckos*.

Estos lagartos tienen la cabeza gruesa, ancha y aplastada; sus ojos salientes y sin párpados son enormes, y su pupila de forma lineal durante el día se dilata y redondea por la noche, de modo que así ven en medio de una viva luz, como en las tinieblas. Tienen el cuerpo cubierto de pequeños tubérculos escamosos, pero lo mas particular son sus patas, que les facilitan trepar, ya subiéndolo ó bajando, por planos del todo verticales, aunque la superficie sea enteramente lisa, como la del mármol, y hasta tienen la propiedad de sostenerse en una posición inversa, es decir con el vientre hacia afuera. Los habitantes de los países en que hay *jeckos* vénlos muchas veces pasearse gravemente en esta postura por los techos de las habitaciones; observación que tambien fué hecha por Aristóteles.

Los *jeckos*, á pesar de lo grosero y pesado de sus

formas no dejan de andar sumamente ligeros, tanto que á veces no puede seguirlos la vista; participan además de la propiedad de los camaleones en cuanto á tomar el color de los objetos en que se colocan, siendo en general su piel gris ó amarillenta; aunque hay especies que presentan colores bastante vivos en algunas partes del cuerpo. Wagler, al tratar de este reptil añade; que algunos viajeros aseguran existir en la India *jeckos* que adquieren la propiedad fosforescente ó luminosa durante el día.

Los lagartos pertenecientes á esta familia son todos de reducido tamaño, y hasta ahora solo uno conocemos cuyo cuerpo excede de un pié de longitud, tal es el platidáctilo homocéfalo (*platidactylus homolocephalus*) cuya figura del tamaño natural presentamos en el grabado. Siendo harto débiles para acometer á animales algo gruesos, contentáanse con ir á caza de insectos, larvas ó crisálidas, que forman su único alimento y tienen mucha astucia para ponerse en emboscadas, y aguardar con paciencia á su presa.

Aunque el platidáctilo tiene los pies palmeados, vive mas tiempo en la tierra que en el agua. Con todo, á menudo se sumerge en esta para dar caza á las arañas acuáticas, de que gusta mucho, pero permanece poco y vuelve á salir despues de haber cogido su presa. Por lo demas sus hábitos nos son casi desconocidos.



El Platidáctilo.